



Ceifa de Luz

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER
PELO ESPÍRITO EMMANUEL



Siega de luz

Francisco Cándido Xavier

Por el Espíritu Emmanuel

Traducido por Francisco Sanchez

0. Oración por Luz
1. Caridad del entendimiento
2. Disculpar
3. En el mundo afectivo
4. Seres amados
5. La lección de la espada
6. En ti mismo
7. Nota del literato Espirita
8. Notas del orador Espirita
9. La pérdida irremediable
10. Enfermos en casa
11. La riqueza real
12. La senda estrecha
13. En la gleba del mundo
14. Indicación fraternal
15. Conquista de la compasión
16. Asunto de libertad
17. En torno de la humildad
18. En torno del porvenir
19. En el orguimiento de la paz
20. Prescripción de la paz
21. Lo mejor para nosotros
22. Renovación en amor
23. Siguiendo al frente
24. Más alto
25. Ley y vida
26. En nuestras manos
27. Aflicción y tranquilidad
28. Estado mental
29. Comprensión
30. La limosna mayor
31. Aflicción
32. El Maestro Divino
33. Ante la bendición del cuerpo
34. Alteraciones en la fe
35. Al sol de la verdad
36. Civilización y reino de Dios
37. Súpercultura y calamidades morales
38. Fe y cultura
39. Compromiso personal
40. Encargos
41. Recursos
42. En el trato común
43. En el examen recíproco
44. Oraremos
45. Llamamiento de siempre
46. Caso grave

47. Autoprotección
48. Inmunización Espiritual
49. Ante ofensas
50. Ante el divino sembrador
51. Oportunidad en nosotros
52. En familia Espiritual
53. Confiando
54. En la cultura de la paz
55. En el perfeccionamiento intimo
56. Temas de la oración
57. Donación y nosotros
58. De los nacientes del corazón
59. En los caminos de la vida
60. Ilumina donde estés
61. Paz indestructible
62. Por amor a Dios
63. Sirve y confía
64. Subdesarrollo Espiritual
65. Evolución y felicidad

Amigo lector.

Indudablemente, habrás observado en el prefacio de Emmanuel – “Oración por Luz” – la fecha de agosto de 1972, en que Emmanuel liberó para su publicación los originales psicografiados por Francisco Cândido Xavier, en Uberaba. La fecha está, no obstante, correcta. No se trata, pues de un error de composición.

Encontrarás extraño, talvez, que siete años hayan transcurrido, para que el Departamento Editorial de la Federación Espirita Brasileira hiciera el lanzamiento de “Siega de Luz”. Sin embargo, queremos decirte que el hecho fue independiente de la voluntad de Emmanuel, del médium amigo y de la Casa-Mater del Espiritismo, en Brasil.

Te diremos, solo – juzgando necesario el esclarecimiento -, que más de un tercio del volumen precisó ser rehecho por nuestro estimado Benefactor Espiritual, autor del libro, para que hoy lo entregásemos a la imprenta. Es que veintitrés capítulos de la preciosa colección fueron copiados, sin conocimiento de todos nosotros, e incorporado a una publicación de otra Casa.

El tiempo, poderoso consejero, nos llevó a la paciente expectativa de una solución serena, ofrecida oportunamente por Emmanuel, que no solo nos ofreció tantos nuevos capítulos como nos brindó con el aumento de cinco más, de modo que el plan primitivo de sesenta y cinco sustanciosas piezas doctrinario-evangélicas. Encaramos la cuestión como pruebas necesarias a que todos somos sometidos por la Providencia Divina, a fin de nos oscurecer con vibraciones desarmonizadas el agua pura del libro de bendiciones que nos fue entregado, transferido del Mundo Mayor para la consolación e instrucción de los hijos sufridores de la Tierra.

Nos sentimos felices, en la Casa de Ismael, como la conclusión del “caso”, no ignorando que tanto el médium dedicado como el Autor Espiritual se alegran igualmente con el aprovechamiento de la lección que la Misericordia de Jesús nos proporcionó.

En cuanto a ti, Amigo Lector, ciertamente no perdiste por esperar, visto que las paginas luminosas que ahora te pasamos a las manos sanas, todas ellas de molde para proporcionarte pensamientos de Luz, en una Siega maravillosa.

Oremos hoy y siempre, a favor de la iluminación de los Espíritus, pidiendo a lo Alto que favorezca a nuestros hermanos en pruebas para que jamás repitan procedimientos que retarden la distribución de la Luz Espiritual impensadamente buscando competiciones que no se legitiman en el Evangelio y cuyos amargos frutos, más tarde, se les puedan constituir en frustraciones y arrepentimiento.

Que el Divino Maestro nos de su Paz.

(Rio de Janeiro, 6 de diciembre de 1979)

Francisco Thiesen, Presidente de la Federación Espirita Brasileira

Oración por Luz

¡Señor! ...

En el momento inicial de este libro, estamos en oración, rogándote más luz por ampliación de misericordia.

Ilumínanos en entendimiento, a fin de que conozcamos en sus consecuencias los caminos ya andados por nosotros; entretanto, haznos esa concesión más particularmente para descubrir, sin engaños, donde los caminos más rectos que nos conducen a la integración con tus depósitos.

Álzanos el pensamiento, no solamente para identificar la esencia de nuestros propios deseos, sino sobre todo para que aprendamos a saber cuáles son los planes que trazaste para nosotros.

Ilumínanos la memoria, no solo de modo para recordar con seguridad las lecciones de ayer, y si, más especialmente, a fin de que nos detengamos en el día de hoy, aprovechando sus bendiciones en trabajo y renovación.

Ayúdanos a reconocer nuestras disponibilidades; sin embargo, concédenos semejante amparo, a fin de que sepamos realizar con él lo mejor a nuestro alcance.

Inspíranos, enseñándonos a valorizar a los amigos que nos enviaste; no obstante, más especialmente, ayúdanos a aceptarlos como son, sin exigirles espectáculos de grandeza o impuestos de reconocimiento.

Amplíanos la visión para que veamos en nuestros entes queridos no solo personas capaces de ayudarnos, ofreciéndonos apoyo y compañía, sino, encima de todo, en la condición de criaturas que nos confiaste al amor, para que vengamos a encaminarlos en la dirección del bien.

Enséñanos a encontrar la paz en la lucha constructiva, el reposo en el trabajo edificante, el socorro en la dificultad y el bien en los supuestos males de la vida.

¡Señor! ...

Bendícenos y extiéndenos las manos compasivas, en tu infinita bondad, para que podamos percibirte en espíritu en la realidad de nuestras tareas y experiencias de cada día, hoy y siempre.

Así sea.

Uberaba, 29 de agosto de 1972
Emmanuel

Caridad del entendimiento

“Mas ahora permanece la fe, la esperanza, y la caridad, estas tres cosas; pero la mayor de ellas es la caridad.” – Pablo (I Corintios, 13:13)

En la sustentación del progreso espiritual, precisamos tanto de la caridad como del aire que nos asegura el equilibrio orgánico.

Recuerda que la interdependencia es el régimen instituido por Dios para la estabilidad de todo el Universo, y no olvides la comprensión que debemos a todas las criaturas. Comprensión que se expresa, a través de tolerancia y bondad incesantes, en la sana convicción de que ayudando a los otros podremos encontrar la ayuda indispensable a la propia seguridad.

Delante de cualquier problema complejo en aquellos que te rodean, recuerda que no sería justa la imposición de tus puntos de vista para que se orienten en el camino que les es propio.

El creador no da copias y cada corazón obedece a un sistema particular de impulsos evolutivos.

Solo el amor es el clima adecuado al entrelazamiento de todos los seres de la Creación y solamente a través de él nos integraremos en la sintonía excelsa de la vida.

Guarda, en todas las fases del camino, la caridad que identifica la presencia del Señor en los caminos ajenos, respetando su forma con que se presentan.

No te olvides de que nadie es ignorante porque lo desee y, extendiendo fraternos brazos a los que respiran atribulados en la sombra, disminuirás la penuria que se extinguirá, por fin, en el mundo, cuando cada conciencia se ajuste a la obligación de servir sin resentimiento y sin reclamar permaneciendo felices en la ascensión para Dios.

2 Disculpar

“Jesús le dice: No te digo hasta siete, mas aun hasta setenta veces siete.” (Mateo, 18:22)

Atiende al deber de la disculpa infatigable delante de todas las victimas del mal para que la victoria del bien no se haga tardía.

De cierto que el mal contará con los empleadores que la Ley del Señor juzgará en el momento oportuno, sin embargo, en nuestra manera de criaturas igualmente imperfectas, susceptibles de acoger su influencia, vale perdonar sin condición y sin precio, para que el poder de semejantes intérpretes de la sombra se reduzca hasta la integral extinción.

Recuerda que encima de la crueldad encontramos, junto a nosotros la ignorancia y el infortunio que nos cabe socorrer cada día.

¿Quién podrá, con los ojos del cuerpo físico, medir la extensión de la oscuridad sobre las manos que se envuelven en los espineros del crimen?

¿Quién, en la sombra terrestre, distinguirá todo el porcentaje de dolor y necesidad que produce el desespero y la rebeldía?

Disponte a disculpar hoy, infinitamente, para que mañana seas también disculpado.

Observa el cuadro en que respiras y reconocerás que la naturaleza es prodiga de lecciones en el capítulo de la bondad.

El sol releva, generoso, la basura que lo injuria, convirtiéndolo sin alarde en recurso fertilizante.

El olor miasmático del pantano, para aquel que entiende de las angustias de la gleba, no será mensaje de podredumbre, pero si rogativa conmovedora, para que se le dé la bendición del reajuste, de modo para que se transforme en tierra productiva.

Todo en la vida ruega entendimiento y caridad para que la caridad y el entendimiento nos orienten las horas.

No olvides que la propia noche en la tierra es una pausa de olvido para que aprendamos la ciencia del recomienzo, en cada alborada nueva.

“Haz al otro aquello que desees que te hagan”. – nos enseñó al Amigo Excelso.

Y solamente en la disculpa incesante de nuestras faltas reciprocas, con el amparo del silencio y con la ausencia de todo mal.

En el mundo afectivo

“Amados, si Dios así nos ha amado, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” – Juan (I Juan, 4:11)

Rechazamos la violencia y clamamos contra la violencia; no obstante, en la vida de relación, muy raramente nos acomodamos sin ella, cuando se trate de nuestros caprichos.

Muy común, principalmente cuando amamos a alguien, exigimos que ese alguien se nos condicione a nuestro modo de ser.

Si los entes queridos, no comparten nuestros gustos y opiniones, nos irritamos o nos indignamos, reclamando contra la vida, sin embargo, la paz del alma necesita comprensión y la comprensión conoce que cada uno de nosotros tiene su área propia de interés y de ideas.

La Naturaleza es un muestrario de recursos polimórficos con que la Sabiduría Divina plasmó la Creación.

Todas las flores son flores, pero el geranio no tiene las características del clavel y ni la rosa las de la violeta.

Todos los frutos son frutos, pero la naranja no guarda semejanza con la pera.

Más allá de eso, cada flor tiene su perfume original, tanto como cada fruto no se madura fuera de la época prevista. Así, también, las criaturas.

Cada persona respira en una franja diversa de evolución.

Junto a nosotros paremos en la compañía de aquellos que sienten y piensan como nosotros, disfrutando los valores de la afinidad: entretanto, siempre que amamos a alguien que está en la onda de nuestras ideas y emociones, nos abstenemos de violentar su cabeza con los moldes en que se nos estandariza la vida espiritual.

Dios no da copias.

Cada criatura vive en determinado plano de la creación, según las leyes del creador.

Amparémonos para que en nuestro sector de acción personal seamos nosotros mismos.

Respetémonos mutuamente y ayudémonos a ser unos para los otros lo que el Supremo Señor espera que nosotros seamos: - una bendición.

Seres amados

“El que ama a su hermano, está en la luz, y no hay tropiezo en él.” (I Juan 2:10)

¡Los seres que amamos! ... ¡Con que enternecimiento desearíamos situarlos en los más elevados planos del mundo!...

¡Si es posible, obtendríamos para cada uno de ellos un lugar de santidad o un título de héroe! ...

Entretanto, como nos ocurre a nosotros mismos, son ellos seres humanos, matriculados en la escuela de la vida. Y nuestros círculos de experiencias en que se debaten, como nos ocurre, se equivocan y aciertan, avanzan en el camino o se paran para pensar, solicitándonos apoyo y comprensión.

Así como estamos en lucha a fin de ser, un día lo que debemos ser, aprendamos a amarlos como son, con la certeza de que necesitan, tanto como nosotros, de ayuda y valor para la necesaria ascensión espiritual.

Todos somos viajeros del Universo con encuentro marcado en una sola estación de destino – la perfección, en la inmortalidad.

Frente a eso, y llevando en consideración que nos encontramos individualmente en marcos diferentes del camino, si queremos ayudar a aquellos a quien amamos, y bendecirlos con nuestros afectos, cultivemos, delante de ellos, el valor de comprender y la paciencia de esperar.

La lección de la espada

“No penséis que he venido para traer paz en la tierra...” Jesús (Mateo 10:34)

“No he venido a traer paz, sino la espada” – nos dijo el Señor.

Y muchos aprendices persisten en la manera literal de Su palabra, para entender la sombra y la perturbación.

Valiéndose de su concepto, muchos compañeros se consagran a la irritación en el hogar, conturbando a los propios familiares, en razón de imponerles un modo de creer y puntos de vista, golpeándoles el entendimiento, al revés de ayudarlos en la plantación de la fe viva cuando no exageran en discusiones o conflictos, polemizando sin provecho o acusando indebidamente a todos aquellos que no les compartan la cartilla de violencia y de crueldad.

El mundo, hasta la época del Cristo, aceptó la prepotencia del odio y de la ignorancia, manteniendo su terrible dominación, a través de la espada mortífera de la guerra y del cautiverio, en sangrientas devastaciones.

La realeza del hombre era la tiranía revestido de oro, arruinando y oprimiendo donde extendiese las garras destructoras.

Con Jesús, no obstante, la espada es diferente.

Vuelta para el interior de la tierra, representa la cruz en que Él mismo prestó el testimonio supremo del sacrificio y de la muerte por el bien de todos. Es por eso que su ejemplo no justifica los instintos desenfrenados de cuantos pretenden herir o combatir en Su nombre.

La disciplina y la humildad, el amor y la renuncia marcan sus actitudes en todos los pasos de la senda.

Flagelado u olvidado, entre el escarnio y la calumnia, el perdón espontáneo le fluye, incesante, del alma, para solamente retribuir bendición por maldición, luz por oscuridad, bien por mal.

Así, si recibiste la espada simbólica que el Maestro nos trajo a la vida, acuérdate de que la batalla instituida por la lección del Señor permanece viva y rígida, dentro de nosotros, a fin de que, enredando sobre el pasado la espada de nuestra antigua insensatez, vengamos a convertirla en la cruz redentora, en que combatiremos a los enemigos de nuestra paz, ocultos en nuestro propio “yo”, en forma de orgullo e intemperancia, egoísmo y animalidad, consumiéndose a precio de nuestra propia consagración a la felicidad de los otros, único camino susceptible de conducirnos al imperio definitivo de la Gran Luz.

En ti mismo

“De manera que, cada uno de nosotros dará a Dios razón de sí.” Pablo (Romanos, 14:12)

Escucharás mucha gente hablar de comprensión y tal vez que, bajo el reflejo condicionado, repetirás los bellos conceptos que escuchaste, a través de lecciones que te darán simpatía y respeto.

Entretanto, si no colocas el asunto en las entrañas del alma, situándote en el lugar de aquellos que necesitan de entendimiento, casi nada sabrás de comprensión, más allá de la certeza de que tenemos en ella una preciosa virtud.

Hablarás de paciencia y señalarás muchas voces, en torno de ti, refiriéndose, no obstante, si en el interior del propio ser no tienes necesidad de sufrir por algún ente amado, muy poco notarás acerca de la calma y tolerancia.

Exaltarás el amor, la bondad, la paz y la unión, pero si en las profundidades del espíritu no sientes, algún día, el sufrimiento enseñándote el valor de la nota de consolación sobre el dolor que lamentas; la significación de la migaja de socorro que otro te extienda en tus días de carencia material; la importancia de la disculpa de alguien a esa o aquella falta que cometiste y el poder del gesto de pacificación de la parte de algún amigo que te restituyó la armonía, en tus propias vivencias, ignorarás realmente lo que es entendimiento y generosidad, perdón y seguridad íntima.

Sea cual sea la dificultad en que te veas, abstente de cargar el fardo de las aflicciones y de las preguntas sin remedio.

Adéntrate en el silencio de la propia alma, escucha los pensamientos que te nacen del propio ser y reconocerás que la solución de la vida surgirá de ti mismo.

Nota del literato Espirita

“... No con sólo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale por la boca de Dios.” – Jesús (Mateo, 4:4)

Optar, como se desee, por esa o aquella escuela literaria respetable, pero vincular la propia obra a las enseñanzas de Jesús.

Emitir con dignidad los conceptos que adopta; no obstante, acostumbrarse todo lo posible, al hábito de la oración, buscando la inspiración de los Planos Superiores.

Exaltar el ideal, integrándose, pues con la realidad.

Cultivar los primores del estilo, considerando, en todo tiempo, la responsabilidad de la palabra.

Decir lo que piense; sin embargo, abstenerse de separar los puntos de vista personales, en detrimentos de la verdad.

Perfeccionar los valores artísticos; sin embargo, evitar el hermetismo que impida los canales de comunicación con los otros.

Atesorar los recursos de la inteligencia, pero reconocer que la cultura intelectual, solo por sí misma, no siempre es fundamento absoluto en la obra de la sublimación del espíritu.

Dedicarse a la firmeza en la exposición de los principios que abraza, sin fomentar la discordia.

Valorar a los amigos, agradeciéndoles el concurso, no obstante, nunca despreciar a los adversarios o subestimar su importancia.

Conservar la certeza de lo que enseña, pero estudiar siempre, a fin de escuchar con equilibrio, ver con seguridad, analizar con provecho y servir más.

Notas del orador Espirita

“.... Porque por tus palabras serás justificado...” Jesús (Mateo, 12:37)

Rendir culto a la belleza verbalista en las elocuciones que pronuncie, basando, pues, la palabra en las lecciones de Jesús.

Confiar en la seguridad propia, pero atraer a la inspiración de orden superior, a través de la oración.

Actualizarse constantemente, examinando, sin embargo, las novedades antes de comunicarlas.

Reverenciar la verdad, con todo; buscar el “lado bueno” de las situaciones y de las personas, para el destaque preciso.

Formar observaciones propias, conduciendo, pues, las opiniones para el bien de todos.

Aprender con las experiencias pasadas, estimulando, simultáneamente, las iniciativas edificantes en la dirección del futuro.

Enaltecer ideas y emociones, sin despreciar el lenguaje comprensible y simple.

Instruir el cerebro de los oyentes, despertando en ellos, al mismo tiempo, el deseo de cooperar en el levantamiento del bien.

Hablar constructivamente, pero oír a los otros, a fin de entender sus problemas.

La pérdida irremediable

“Mirad, pues, cómo andéis...”-Pablo. (Efesios, 5:15)

Aprende a ver con el Cristo las dificultades y los dolores que te rodean, a fin de no empobrecer el propio corazón al frente de los tesoros con que el Señor nos enriquece la vida.

Muchas veces, la calumnia que te persigue es la fuerza que te renueva a la resistencia para la victoria en el bien y, casi siempre, la provocación que te sitúa en la cárcel del infortunio es solo el aprendizaje benéfico para alzarte ligeramente de las tinieblas para la luz.

En muchas ocasiones, la mano que te niega el alimento se transforma en llamada al trabajo santificante a través del cual encontrarás el pan bendecido por el sudor del propio rostro y, a veces numerosas, el obstáculo que te visita, impiedoso, es simple medida de la esperanza y de la fe, concitándote a superar las propias debilidades.

El oro, en la mayoría de los casos, es una pesada cruz de aflicción en los hombros de aquellos que lo guardan y lo demuestran en el mundo, frecuentemente, no pasa de una prisión en que el alma padece de angustiosa soledad.

Abre la propia alma a la riqueza divina, esparce en todos los ángulos del campo, en que se te extiende a la vida, e incorporémosla a nuestros sentimientos e ideales, palabras y acciones, para que todos los que recorren nuestra senda se sientan ricos de paz y confianza, trabajo y alegría.

Acuérdate de que la muerte, por jurisdicción celeste, tomará cuentas a cada uno.

Recuerda que los mayordomos de la fortuna material, tanto como las víctimas de la carencia de recursos terrestres, sabios e ignorantes, sanos y enfermos, felices e infelices comparecerán al ajuste con la justicia indefectible, y guarda contigo la certeza de que la única flagelación irremediable es aquella del tiempo inútil, en la caminata humana, porque afectos y haberes, oportunidades y valores, lecciones y talentos vuelven, de algún modo, a nuestras manos, a través de las reencarnaciones incesantes, pero la hora perdida es un don de Dios que no volverá más.

Enfermos en casa

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, en la cual asimismo sois llamados en un cuerpo; y sed agradecidos.” -Pablo (Colosenses, 3:15)

¿Si abordases ahora el Plano Espiritual, para allá de la muerte física, y ahí encontrases criaturas queridas en dificultad, qué harías?

Aquí, talvez sorprenderías un corazón paterno en frustración, más allá abrazarías un compañero o un asociado, un hijo o un hermano, cargando el resultado infeliz de ciertas acciones vividas en la tierra...

¿Qué comportamiento adoptarías si las Leyes Divinas te otorgasen libre pasaporte para las Esferas Superiores facultándote, pues, la posibilidad de permanecer con los seres inolvidables, en tareas de amor?

De cierto, estarías decidiéndote por la opción más difícil. No desearías compartir los Cielos con el dolor de haber abandonado corazones inolvidables a la sombra transitoria a que se empeñan con los propios errores.

Les reconocerías por enfermos reclamando protección. Esperarías junto a ellos, en la prestación del auxilio necesario.

Nos referimos a la imagen para considerar que los parientes enfermos o difíciles son criaturas, las cuales, antes de la cuna en que te recuperaste en el Plano Físico, prometiste amparo y dedicación.

Nacen en el grupo familiar, realmente convidados por ti mismo a tu convivencia, para que puedas asistirlos en el debido restablecimiento.

Entendemos en el asunto que existen casos para los cuales el separarlos en un hospital demorado y distante, es la medida que no se puede evitar, pero si tienes contigo a alguien a quien amas, levántese por prueba permanente de comprensión y paciencia, en el instituto doméstico, no apartes ese alguien del clima afectivo en que te encuentres, bajo el pretexto de serenar la familia o beneficiarla.

Guarda en tu propia casa, tanto como puedas, los parientes portadores de sufrimientos y no les decretes el exilio, aun mismo a precio de oro.

Apóyalos, como se muestren las necesidades y luchas que les marcan la existencia, en la certeza de que todos ellos son tesoros de Dios, en tareas bajo tu responsabilidad, ante la asistencia y la supervisión de los Mensajeros de Dios.

La riqueza real

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas...” Pablo (Filipenses, 4:19)

Cada criatura transporta en si misma los valores que acumula en la vida.

Los sabios, por donde transitan, llevan en el espíritu los tesoros del conocimiento.

Los buenos, donde estén, guardan en la propia alma la riqueza de la alegría.

Los hombres de buena voluntad cargan consigo los talentos de la simpatía.

Las personas sinceras ocultan en la propia personalidad la belleza espiritual.

Los hijos de buena fe cultivan las flores de la esperanza.

Los compañeros del valor irradian de sí mismos la energía del buen ánimo.

Las almas resignadas y valerosas se enriquecen con los dones de la experiencia.

Los obreros de la caridad son intérpretes de la vida Superior.

La riqueza real es atributo del alma eterna y permanece incorruptible quien la conquistó.

Por eso mismo reconocemos que el oro, la fama, el poder y la autoridad entre los hombres son meras expresiones de destaque efímero, valiendo por instrumentos de servicio del alma, en la etapa de las reencarnaciones.

Perder el juicio será siempre aquel que indisciplinadamente disputa las aflicciones de la posesión material, olvidando que hay mil caminos sin sombras para buscar, con el propio corazón y con las propias manos, la felicidad imperecedera.

La responsabilidad debe ser recibida, no provocada.

Muchos ricos de fortuna aparente de la tierra funcionaron en la posición de verdugos del Cristo, sentenciado a muerte entre malhechores, el Divino Maestro, con las simples y duras traviesas de la Cruz, produjo, usando el amor y la humildad, el tesoro creciente de la vida espiritual para los pueblos del mundo entero.

La senda estrecha

“Esforzaos a entrar por la puerta angosta...” Jesús (Lucas, 13:24)

No te aconsejes con la facilidad humana para la solución de los problemas que te inquietan el alma.

Realización pide trabajo.

Victoria exige lucha.

Muchos hacen sus jornadas en el mundo en la ancha avenida de los placeres efímeros y tropiezan en el enredo del tedio o de la intemperancia, cuando no sucumben bajo las garras del crimen.

Muchos prefieren el camino agradable de los caprichos personales atendidos y caen, inadvertidos, en la fosa de tenebrosos engaños, cuando no se despeñan en los precipicios del arrepentimiento tardío.

Sea cual sea la experiencia en que te sitúas, en la tierra, acuérdate de que nadie recibe una cuna entre hombres para acomodarse con la inercia, en el desprecio deliberado a las leyes que rigen la vida.

Nuestro deber es nuestra escuela. Por eso mismo, la senda estrecha a que se refiere Jesús es la fidelidad que nos cabe mantener limpia y constante, en el culto de las obligaciones asumidas delante del Bien Eterno. Para sustentarla, es imprescindible sacrificar en el santuario del corazón todo aquello que constituya bagaje de sombra en el campo de nuestras aspiraciones y deseos.

Nos adaptamos a la disciplina del propio espíritu, en la garantía de la felicidad general es establecer en nosotros mismos el camino para el Cielo que anhelamos.

No te detengas en el círculo de las ventajas que se apagan en fulguraciones pasajeras, a la vez que la ociosidad compra, en la desatención de sí misma, las llagas de la penuria y la oscuridad de la ignorancia.

Se constante en la renuncia que eleva y edifica, ennoblece e ilumina.

No desprecies la provocación y el trabajo, la abnegación y el sudor. Y, en todas las circunstancias, recuerda siempre que la “puerta ancha” es la pasión desordenada del “yo” y la “puerta estrecha” es siempre el amor intraducible e incommensurable de Dios.

En la gleba del mundo

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la Palabra, y el que lleva el fruto; y produce uno a ciento, y otro a sesenta, y otro a treinta por uno.” Jesús (Mateo, 13:23)

Efectivamente, la vida es comparable al trato de suelo que nos es concedido cultivar.

Levántate, cada día, y apoya tu campo de servicio, a fin de que te responsabilices. El terreno es el prójimo que te proporciona cosecha.

Labrar el terreno es dar de nosotros sin pensar en nosotros. Basta que plantes el bien para que el bien te responda. Para eso, no obstante, es necesario obrar y perseverar en el trabajo.

Nunca desalentar.

Como ocurre en la labranza común, es preciso contar con aguacero y canícula, granizo y viento, plaga y descomposición.

No valen reclamaciones. Quita la dificultad y prosigue firme.

Encima de todo, importa el rendimiento de la producción para el beneficio de todos.

Si alguien te desprecia, menoscabando la supuesta sencillez del encargo que te cabe, olvida la incomprensión ajena y continúa plantando para la abundancia general.

Mucha gente no se acuerda de que el pan blanco sube a la mesa a costa del sudor de cuantos sumergen las manos en el barro de la tierra, a fin de que la semilla pueda fructificar.

Cuando esa o aquella persona te exija al descanso, sin que tu conciencia culpe a la fatiga, no creas en esa ilusión.

El óxido del ocio consume el arado mucho más que el movimiento en el trabajo.

Trabaja y confía, en la certeza de que el Señor de la Obra te observa y sigue vigilante.

No dudes, ni temas.

Da lo mejor de ti mismo en la Siembra de la Vida, y el Divino Labrador, sin que lo notes, colgará en las frondas de tu ideal la floración de la esperanza y la cosecha del triunfo.

Indicación fraterna

“Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los otros...”- Pedro (I Pedro, 4:10)”

Este es el camino para el necesario perfeccionamiento: trabajar, aprender, sufrir, dar presencia y colaboración en la Causa del Bien.

El amor encierra en sí las leyes del Universo y todo lo que hicimos contra el amor es algo que creamos contra nosotros mismos. Acepta, de ese modo, en el sacrificio la más alta norma de acción.

No huyas de los encargos que la Sabiduría de la Vida te entregó. Encima de todo, impúlsate sirviendo más.

El sudor del trabajo concede experiencia.

La lagrima de la aflicción enciende la luz espiritual.

Cuando el dolor te visite, reflexiona el mensaje. No hay sufrimiento sin significación.

Si no fuese por la prueba nadie conseguiría atesorar comprensión y discernimiento.

En los días de desierto, aun cuando te reconozcas en la sombra del fracaso, levántate, reinicia la tarea y contempla, de nuevo, la bendición del Sol, en la convicción de que el error superado nos enseña indulgencia, ablandándonos el corazón, a fin de que vengamos a entender y disculpar las faltas posibles de los semejantes.

Incluso en las crisis que te estrangulan la sensibilidad, se fiel al ideal de servir y no te desanimarás

No esperes el descanso eterno, cuando no tienes la paz dentro de ti.

Haya lo que haya, no te interrumpas, en la tarea de la realización, para escuchar sarcasmos o censura. Ofrece lo mejor de ti a los que comparten contigo el camino, y, conservando la conciencia tranquila, trabaja siempre, recordando, a cada momento, que, así como el fruto habla del árbol, el trabajo es el testimonio del servidor.

Conquista de la compasión

“Ejercítate personalmente en la piedad.” – Pablo. (I Timoteo, 4:7)

No se conoce ninguna conquista que llegase al espíritu sin apoyo de la práctica.

Un gran intérprete de la música no se mantendría en esa definición, sin largos ejercicios con base en la disciplina.

Un campeón en las lides deportivas no consigue destacarse simplemente soñando con victorias.

En los dones espirituales, los principios que nos rigen las adquisiciones son los mismos.

Si queremos que la piedad nos ilumine, es necesario ejercitar la comprensión. Y comprensión no viene a nosotros sin que hagamos esfuerzo para eso.

Aceptemos, así, nuestras dificultades por ocasiones preciosas de enseñanza, sobretodo, en el relacionamiento unos con los otros. En este sentido, los que nos contradicen se nos muestran como siendo los mejores instructores.

Si alguien comete una falta, reflexionemos en la enfermedad mental que le habrá dictado el comportamiento.

Si un amigo nos abandona, imaginemos cuanto habrá sufrido en el proceso de incompreensión que le llevó a apartarse.

Piensa en la insatisfacción enfermiza de los que se hacen perseguidores o en el dolor de los que se entregan a ese o aquel tipo de culpa.

Compasión es la puerta que se nos abre en el sentimiento para la luz del verdadero amor, entretanto, notemos: nadie adquiere la piedad sin construirla.

Asunto de libertad

“Estad, pues, firmes en la libertad en que Cristo nos hizo libres, y no volváis otra vez a ser presos en el yugo de servidumbre.” – Pablo (Gálatas, 5:1)

Importante pensar como habrá Jesús promovido nuestra liberación.

El divino Maestro no nos clamó para cualquier reacción contra los patrones administrativos en el movimiento de la comunidad, ni desplegó cualquier bandera de reivindicaciones exteriores.

Jesús únicamente obedeció a las Leyes Divinas, haciendo lo mejor de la propia vida y del tiempo que disponía, en beneficio de todos.

Habrá tenido luchas y conflictos en el ámbito personal de las propias actividades.

Afectos incomprensibles, compañeros frágiles, adversarios y perseguidores no le faltaron; nada de eso, pues, le hizo volverse contra la jerarquía o contra la seguridad de la vida comunitaria. Por fin, la aceptación de la cruz le señaló la obediencia suprema a la Leyes de Dios.

Piensa en esto y comprendamos que el Cristo nos enseñó el camino de la liberación de nosotros mismos.

Deber observado y cumplido mide nuestro derecho de obrar con independencia.

No existe libertad y respeto sin obligación y desempeño.

Meditemos en la lección para no caer de nuevo bajo el antiguo y pesado yugo de nuestras propias pasiones.

En torno de la humildad

“Toda buena dádiva, y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las lumbres, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.” – Santiago (Santiago, 1:17)

¿Al final, que poseemos que no debemos a Dios?

La propia vida que disponemos se reviste de tanta grandeza y de tanta complejidad, que solo la locura o la ignorancia no reconocen la Divina Sabiduría en sus fundamentos.

Para la consideración de eso, basta que el hombre reflexione en el disfrute innegable que se vale en la movilización de los bienes que le hacen feliz en el mundo.

El cuerpo que le sirve de transitoria morada es una donación de los Poderes Superiores, por intermedio del santuario genético de las criaturas.

Los familiares se yerguen como siendo apoyos de préstamo.

La inteligencia se condiciona a determinados factores de expresión.

El aire que respira es patrimonio de todos.

Las conquistas de la ciencia, sobre las cuales se base el progreso, son realizaciones correctas, pero provisionales, ya que se amplían considerablemente, de siglo para siglo.

Sus elementos de trabajo son alterables de tiempo en tiempo.

La salud física es un regalo en régimen de comodato.

La fortuna es un depósito a título precario.

La autoridad es una delegación de competencia, obviamente transferible.

Los amigos son cambiantes en el intercambio incesante de posiciones, por lo cual son frecuentemente llamados a prestación de servicio, según los dictámenes que los principios de perfeccionamiento o de evolución les indiquen.

Los propios adversarios, a quien debemos preciosos avisos, son sustituidos periódicamente.

Los más queridos objetos de uso personal pasan de mano en mano.

En cualquier plano o condición de existencia, estamos subordinados a la ley de la renovación. A vista de eso, siempre que nos veamos inclinados a envanecernos por alguna cosa, recordemos que nos encontramos ineluctablemente unidos a la Vida de Dios que, a beneficio de nuestra propia vida, aun hoy todo puede unir, refundir, rehacer o modificar.

En torno del porvenir

“Id por todo el mundo; y predicad el Evangelio a toda criatura.” – Jesús (Marcos, 16:15)

Toda realización noble demanda buen criterio en su preparación.

El hombre en la tierra:

- se edifica con instrucción para frustrar los peligros de la ignorancia, sea entrando en el conocimiento común o garantizando la competencia profesional;
- asegura el equilibrio orgánico con agentes inmunológicos, preservándose contra ciertas enfermedades arrasadoras;
- paga tributos comprensibles y justos a instituciones de seguros y asistenciales, a fin de que no le falte el apoyo de orden material en las horas difíciles;
- organiza tareas vastísimas en la tierra común para que no falte la ayuda de la sementera, tanto a beneficio propio como en la sustentación de la comunidad.
- instituye recursos en el tránsito, con señalización especial, de modo para prevenir desastres y definir responsabilidades en las ocurrencias infelices de la vida pública;
- ofrece fortunas enormes con el exclusivo propósito de salvaguardar el éxito en determinadas realizaciones científicas.

Prosigamos, así, atentos en la construcción de la Doctrina Espirita sobre los principios de Jesús, dado que, sea hoy, mañana, después de mañana o en el gran futuro, todas las criaturas de la tierra, una por una, se aproximarán a la escuela del amor y de la verdad, a fin de encontrar la felicidad real, no solo en el campo de la inteligencia, sino también, y encima de todo, en los dominios del corazón.

En el erguimiento de la paz

“Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios.” – Jesús (Mateo 5:9)

Efectivamente, precisamos de los artífices de la inteligencia, habilitados a orientar el progreso de las ciencias en el planeta. Necesitamos, pues, y talvez más aun, de los obreros del bien, capaces de asegurar la paz en el mundo.

No solamente de aquellos que aseguran el equilibrio colectivo en la cúpula de las naciones, sino de cuantos se consagran al cultivo de la paz en lo cotidiano:

- de los que saben oír asuntos serios, sustituyendo sus ingredientes vinagrosos por el bálsamo del entendimiento fraterno;
- de los que perciben la existencia del error y se disponen a sanarlo, sin alargar su extensión con críticas destructivas;
- de los que divisan problemas, procurando solucionarlos, en silencio, sin conturbar el ánimo ajeno.
- de los que recogen confidencias aflictivas, sin pasarlas adelante;
- de los que identifican los conflictos de los otros, ayudándolos sin referencias amargas;
- de los que disculpan ofensas, lanzándolas al olvido;
- de los que pronuncian palabras de consuelo y esperanza, edificando fortaleza y tranquilidad donde estén;
- de los que apagan el fuego de la rebeldía o de la crueldad, con ejemplos de tolerancia;
- de los que socorren a los vencidos de la existencia, sin acusar a los llamados vencedores;
- de los que trabajan sin crear dificultades para los hermanos del camino:
- de los que sirven sin queja:
- de los que toman sobre los propios hombros toda la carga de trabajo que pueden soportar en el levantamiento del bien de todos, sin exigir la cooperación del prójimo para que el bien de todos prevalezca.

Paz en el corazón y paz en el camino.

Bienaventurados los pacificadores, nos dijo Jesús, de vez que todos ellos obran en la vida, reconociéndose en la condición de fieles y valerosos hijos de Dios.

Prescripción de la paz

“Por tanto, no os inquietéis con el día de mañana, pues el mañana traerá sus cuidados...”
–Jesús (Mateo 6:34)

En la garantía del propio equilibrio, colocamos algunas indicaciones de paz, destinadas a inmunizarnos contra la influencia de aflicciones y tensiones, en las cuales, tanta vez con poco cuidado arruinamos tiempo y vida:

- corregir en nosotros las deficiencias susceptibles de arreglo, y aceptarnos, en los fallos cuya supresión no depende aun de nosotros, haciendo de nuestra presencia lo mejor que podamos, en el levantamiento de la felicidad y del progreso de todos;
- tolerar los obstáculos con que somos alcanzados, ante los impositivos del perfeccionamiento moral, y entender que los otros cargan igualmente los de ellos;
- observar ofensas como retratos de los ofensores, sin trazarnos la obligación de recoger semejantes clichés de sombra;
- abolir inquietudes alrededor de las calamidades anunciadas para el futuro, que probablemente nunca irán a ocurrir;
- admitir los pensamientos de culpa que hayamos adquirido, pero buscando extinguir sus focos de vibraciones en desequilibrios, a través de reajuste y trabajo;
- ni despreciar a los entes queridos, ni perjudicarlos con la llamada súper-protección inclinado a esclavizarlos a nuestro modo de ser;
- no exigir del prójimo aquello que el prójimo aun no consigue hacer;
- nada pedir sin dar de nosotros mismos;
- respetar los puntos de vista ajenos, incluso cuando se muestren contra nosotros, convencidos cuanto debemos estar de que puntos de vista son maneras, creencias, opiniones y afirmaciones peculiares de cada uno;
- no ignorar las crisis del mundo; sin embargo, reconocer que, si reequilibramos nuestro propio mundo por dentro, esculpiendo la tranquilidad y la seguridad en bases de comprensión y actividad, discernimiento y servicio, percibiremos, de pronto, que las crisis externas son fenómenos necesarios al perfeccionamiento de la vida, para que la vida no se disperse de la ruta que las Leyes del Universo le indican en el rumbo de la perfección.

Lo mejor para nosotros

“Porque si perdonarais a los hombres sus ofensas, os perdonará también vosotros vuestro Padre celestial.” -Jesús. (Mateo 6:14)

Muy y siempre importante para nosotros el olvido de todos aquellos que asumen para nosotros esa o aquella actitud desagradable.

Nadie posee una medida bastante capaz, a fin de evaluar las dificultades ajenas.

Aquel que, a nuestro ver, nos habrá herido, estaría vareando ardiente obstáculo cuando nos dio la impresión de eso. Y, superando semejante dificultad, habrá dejado caer sobre nosotros alguna punta de sus propios constreñimientos, transformándose en los muchos, más en acreedor de apoyo que en deudor de atención.

En muchos episodios de la vida, aquellos que nos perjudican, o nos lastiman, frecuentemente se encuentran de tal modo sometidos a la tribulación que, en el fondo, sufren mucho más, por el hecho de crearnos problemas, que nosotros mismos, cuando nos suponemos víctimas de ellos.

¿Quién sabría enumerar las ocasiones en que determinado compañero habrá interrumpido la propia caída, bajo la fuerza compulsiva de la tentación, hasta que viniese a resbalar en el camino?

¿Quién dispondrá de medios para reconocer si el perseguidor está realmente lucido o conturbado, obseso o enfermo?

¿Quién podrá desentrañar la verdad de la mentira, en las crisis de perturbación o desorden?

¿Y cuando la nube del crimen golpea sobre la comunidad, que persona detendrá tanta violencia para conocer el punto exacto en que se habrá originado el hilo tenebroso de la culpa?

A vista de eso, comprendemos que el olvido de los males que nos asedian es defensa de nuestro propio equilibrio, y que, en los días en que la injuria nos golpee el rostro, el perdón, mucho más que una bendición para nuestros, supuestos ofensores, es y será siempre lo mejor para nosotros.

Renovación en amor

“Y vosotros, hermanos, no os canséis de hacer bien.” – Pablo (II Tesalonicenses, 3:13)

Cuando las crisis te visiten, ante los problemas humanos, es justo medites en los principios de causa y efecto, tanto como es natural reflexiones en el impositivo de perfeccionamiento espiritual, con que somos enfrentados, sin embargo, piensa igualmente en la ley de renovación, capaz de traernos prodigios de paz y victoria sobre nosotros mismos, si nos decidimos a aceptar, constructivamente, las experiencias que se nos hagan necesarias.

Si alcanzaste la integración profunda con las bendiciones de la vida, considera la tarea que la Divina Providencia te confió.

Dios no nos envía problemas que no tengamos necesidad de experimentar.

Aceptación y paciencia, sin huida del trabajo, son casi siempre la mitad del éxito en cualquier prueba a que estemos sometidos, en nuestro propio provecho.

Si cualquier tiempo es susceptible de ser ocasión para rescate y reajuste, todo día es también oportunidad de recomenzar, reaprender, instruir o reconstruir.

El amor que estemos acrecentando para la obligación que nos cabe cumplir, es siempre plantación de felicidad para nosotros mismos.

Donde estés y como estés, en las áreas de la dificultad, date a la serenidad y al espíritu de servicio y entenderás, con facilidad, que el amor cubre realmente la multitud de nuestras faltas, apresurando, en nuestro favor, la deseada conquista de paz y liberación.

Siguiendo al frente

“De manera que, si alguno está en Cristo nueva criatura es...” - Pablo (II Corintios, 5:17)

Dificultad, fracasos, conflictos y frustraciones... Posiblemente, encuadraste todo eso restándose únicamente un largo rescoldo de pesimismo.

A pesar de todo, la vida te busca nuevos emprendimientos de trabajo y renovación.

El sol brilla, el mar de oxígeno te rehace energías, el progreso trabaja, el suelo produce y parece que la noche se te abriga en el ser.

Levántate en espíritu y emprende la nueva jornada.

Un camino, continua en otro camino, una fuente se asocia a la otra.

Tienes contigo la riqueza del tiempo para esperarte en la aplicación de ella misma, a fin de que la felicidad te favorezca.

Barre los escaños del alma, expurgándote recuerdos amargos y deja que la luz del presente consiga alcanzarte por dentro de las propias fuerzas.

Renuévate y sigue adelante, trabajando y sirviendo. Y a la medida que avances, camino afuera, entre la bendición de comprender y la alegría de ser útil, percibirás que todos los obstáculos y sombras de ayer se hicieron lecciones y experiencias, enriqueciéndote el corazón de seguridad y de alegría para que sigas en paz, en el rumbo de conquistas imperecederas, ante el nuevo amanecer.

Más alto

“Si amáis a los que os aman, ¿qué gracias tendréis?” – Jesús (Lucas, 6:32)

Evidentemente, es siempre fácil querer a los que nos aman, valorar a los que nos sirven, apoyar a los que nos aplauden, alegrarnos con aquellos que se alegran con nuestra presencia, solidarizarnos con los que nos siguen, alabar a los que nos reverencian, ayudar a compañeros agradecidos y trabajar con los que se afianzan con nosotros.

En Jesús, pues, la vida nos obliga a directrices más altas.

Es preciso disculpar a los ofensores y orar por ellos, comprender a los que no nos ayudan, respetar a los que nos desaprueban, bendecir a cuantos nos crean problemas, prestigiar las causas del bien de todos, aun cuando partan de aquellos que no comparten nuestros puntos de vista, admirar a los opositores en aquello que demuestren de útil, ayudar a los hermanos indiferentes o incomprensivos y contribuir en las buenas obras, junto aquellos que nos desconsideren u hostilicen.

Como es fácil de anotar, todo agrada cuando se trate de obrar, según los patrones de vivencia que nos elogian la personalidad; sin embargo, para servir con el Cristo, es necesario colaborar en la construcción del Reino del Amor, con la obligación de erguirnos más alto, para olvidar el propio egoísmo y realizar algo diferente.

Ley y vida

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.” – Jesús (Mateo, 5:17)

“No matarás”, dice la ley.

El texto no se refiere, pues, únicamente, a la vida de los semejantes.

No frustrarás la tarea de los otros, porque la supongas inadecuada, de vez que toda tarea avanza quien la ejecuta, siempre que sea noblemente cumplida.

No dilapidarás la esperanza de nadie, ya que la felicidad, en el fondo, no es la misma en la experiencia de cada uno.

No destruirás el valor de aquellos que sueñan o trabajan en tu camino, considerando que, de criatura para criatura, difiere la cara del éxito.

No aniquilarás con inutilidades el tiempo de tus hermanos, porque toda hora es agente sagrado en los valores de la Creación.

No eliminarás afectos en el alma ajena, dado que ignoramos, todos nosotros, con que instrumento de amor la Sabiduría Divina pretende mover los corazones que comparten nuestra marcha.

No exterminarás la fe en el espíritu de los compañeros que están contigo, observándose que los caminos para Dios obedecen a estructuras y direcciones que varían al infinito.

Reflexionemos en el bien del prójimo, respetándole la forma y la vida. La ley no traza especificaciones o condiciones dentro del asunto; determina, simplemente: “no matarás”.

En nuestras manos

“Venga tu Reino. Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” -Jesús (Mateo 6:10)

Convéncete de que las Leyes de la Divina Sabiduría no se engañarían.

Situándote en la tierra, por tiempo determinado, con vistas al propio perfeccionamiento que te cabe realizar, llevas contigo las facultades que el señor te concedió por instrumentos de trabajo.

Te encuentras en el lugar correcto en que te habilitas para desempeñar los encargos propios.

Tienes contigo las criaturas más adecuadas para impulsarte en los caminos hacia adelante.

Pasas por las experiencias de que no prescindes para la conquista de la sublimación que demandas.

Recibes a los parientes y afectos que más necesitas para rescatar las deudas del pasado o renovarte en los impulsos de elevación.

Vives en la condición correcta en la cual te compete efectuar las mejores adquisiciones de espíritu.

Sufres luchas compatibles con tus necesidades de conocimiento superior.

Varios acontecimientos de los cuales no se te hace posible la deseada liberación, a fin de que adquieras auto-control.

Atraviesas circunstancias, a veces difíciles, de modo para conocer el sabor de la victoria sobre ti mismo. Y en cualquier posición, en la cual te veas, dispones siempre de cierta franja de tiempo a fin de hacer el bien a los otros, tanto como quieras, como juzgues mejor, de la manera que te parezca más justa y en la extensión que desees, para que, ayudando a los otros, recibas de los otros una más amplia ayuda, en el instante oportuno.

Según es fácil de observar, estás en la Tierra, de alma condicionan a las leyes de espacio y tiempo, conforme el impositivo de auto-perfeccionamiento, en que todos nos encontramos, en el mundo físico y fuera de él, pero siempre con vastas posibilidades de ejercer el bien y extenderlo a los semejantes, porque mejorarnos y elevarnos, educarnos y, sobre todo, servir, son siempre medidas preciosas, invariablemente en nuestras propias manos.

Aflicción y tranquilidad

“Bienaventurados los que lloran...” – Jesús (Mateo, 5:4)

“Bienaventurados los que lloran” – nos dijo el Señor -, con todo, es importante recordar que, si existe aflicción generando tranquilidad, hay mucha tranquilidad generando aflicción.

En los preliminares de la cuna el alma pide dificultades y llagas, amargores y cicatrices, entretanto, recapitulando de nuevo las propias experiencias, en el plano físico, torna a la concha del egoísmo y de la vanidad, enquistándose en la mentira y en la delincuencia.

Aprendiz rechazando la lección o el enfermo abominando el remedio, en casi todas las circunstancias, el hombre persigue la fuga que le aplazará indefinidamente las realizaciones planeadas.

Es por eso que en la escuela de la lucha común vemos tantas criaturas en trincheras de oro, cavando abismos de insania y flagelación, en los cuales se desempeñan, más allá del campo material, y tantas inteligencias maravillosas de llanto y envilecimiento, que las esperan, inflexibles, transportado el límite trazado en la muerte. Y es por esta razón que vemos tantos hogares, huyendo de la bendición del trabajo y del sacrificio, a la manera de oasis seductores de imaginaria alegría, para convertirse mañana en cubículos de desespero y desilusión, aprisionando los descuidados compañeros que los pueblan en imágenes de locura y desequilibrio, en la Vida Espiritual.

Valoriza la aflicción de hoy, aprendiendo con ella a crecer para el bien, que nos hace mejorar para la unión con Dios, porque el Maestro que te propones a escuchar y seguir, al contrario de facilidades en el inmediatez de la tierra, prefirió, para enseñarnos la verdadera ascensión, la humildad del pesebre, el impuesto constante del servicio a los necesitados, la incompreensión de los contemporáneos, la indiferencia de los corazones más queridos y la suprema demostración del amor en plena cruz de la muerte.

Estado mental

“...y a renovaros en el espíritu de vuestro entendimiento...” – Pablo (Efesios, 4:23)

La carga de condiciones menos felices que traemos de vidas pasadas puede, comúnmente, acarrearos difíciles provocaciones y privaciones, de carácter negativo, cuando de nuestra permanencia en la tierra.

Probablemente, no tendremos el equipo familiar tan unido como desearíamos y ni contamos aun con ideas de elevación, en todos los seres queridos, según nuestras aspiraciones.

La actividad profesional, con mucha frecuencia, no es aquella que más se nos armoniza con nuestro modo de ser, mientras, en muchos lances de la experiencia, somos forzados a la ejecución de tareas menos agradables, para la regeneración de nuestros impulsos inferiores.

La situación social, muchas veces, no es la que soñamos, de vez que múltiples circunstancias nos obligan a realizar cursos de paciencia y de humildad en el anonimato educativo.

Obstáculos de orden económico, en muchos casos, se erigen como siendo cárceles de contratiempos incesantes, en los cuales debemos practicar el respeto a los bienes de la vida, aprendiendo a usarlos, sin abuso y sin desperdicio.

A veces, no poseemos, en el mundo, ni incluso el cuerpo físico que nos corresponda a la estructura psicológica, a fin de que sepamos trabajar, con vistas a nuestros propios intereses para la Vida Superior.

Indiscutiblemente, no siempre conseguimos elegir las situaciones que nos favorezcan los mejores deseos, pero podemos, en cualquier posición, escoger el estado mental justo para aceptarlas con la posibilidad de convertirlas, en caminos de acceso al infinito Bien; y, después de aceptarlas, constructivamente, verificamos que la Bondad de Dios nos concede la bendición del trabajo, en la cual nos será posible ayudarnos para que el Cielo nos ayude, abreviando cualquier periodo de prueba, renovando el campo íntimo, sublimando la existencia y encendiendo la luz inapagable del espíritu, en nuestro propio destino, para la edificación del futuro mejor.

Comprensión

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, soy como metal que resuena, o címbalo que retiñe.”. Pablo (I Corintios, 13:1)

Parfraseando al Apóstol Pablo, nos será permitido afirmar, ante las luchas renovadoras del día a día:

- si hablo en los variados idiomas del mundo y hasta incluso en el lenguaje del Plano Espiritual, a fin de comunicarme con los hermanos de la tierra, y no tengo comprensión de mis semejantes, seré como un gong que suena vacío o como un martillo que golpea inútilmente;
- si me cubro de dones espirituales y adquiero fe, al punto de transportar montañas, si no tengo comprensión de las necesidades del prójimo, nada soy;
- y si vengo a distribuir todos los bienes que acaso posea, a beneficio de los compañeros en dificultades mayores que las nuestras, o entregarme a la hoguera elogiando mis propias convicciones, y no demuestro comprensión, en ayuda de los que me rodean, eso de nada me serviría.

La comprensión es tolerante, útil, no siente envidia, no se precipita y no se ensoberbece en cosa alguna. No se desvaría en ambición, no se apasiona por los intereses propios, no se irrita, ni sospecha mal. Todo soporta, cree en el bien, espera lo mejor y sufre sin reclamar. No se regocija con la injusticia y, si, procura ser útil, en espíritu y verdad.

De todas las virtudes, permanecen por mayores la fe, la esperanza y la caridad; y la caridad, evidentemente, es el mayor de todo, entretanto, urge observar que, si fuera de la caridad no hay salvación, sin comprensión la caridad falla siempre en sus propósitos, sin completarse para nadie.

La limosna mayor

“Amados, amémonos unos a otros; porque la caridad es de Dios.” Juan (I Juan, 4:7)

En el estudio de la caridad, no olvides la limosna mayor que el dinero no consigue realizar.

Ella es el propio corazón a derramarse, irradiando el amor por sol envolvente de la vida.

En el hogar, ella surge en el sacrificio silencioso de la mujer que sabe ejercer el perdón sin alarde para con las faltas del compañero; en la renuncia materna del corazón que se oculta, aprendiendo a morir cada día, para que la paz y la seguridad imperen en el santuario domestico; en el hombre recto que disculpa los errores de la esposa engañada sin cobrarle tributos de aflicción; en los hijos laboriosos y afables que procuran retribuir en ternura incesante para con los padres sufridores, las deudas de la cuna que todo oro de la tierra no conseguiría jamás devolver.

En el ambiente profesional es el olvido espontaneo de las ofensas entre los que dirigen y los que obedecen, tanto como el concurso desinteresado y fraterno de los compañeros que saben sonreír en las horas difíciles, ofreciendo cooperación y bondad para que el estímulo al bien sea el clima de cuantos les comulgan la experiencia.

En el campo social es la renuncia de la pregunta maliciosa; la abstención de los pensamientos indignos; el respeto sincero y constante; la frase amiga y generosa; y el gesto de comprensión que se expresa desinteresadamente.

En la vida pública es la gentileza que nadie pide; la simplicidad que no resiente; el saludo de simpatía, aun incluso inarticulada, y la colaboración imprevista que el necesitado espera de nosotros muchas veces sin valor de dirigirnos ningún llamamiento.

Encima de todo, acuérdate de la limosna mayor de todas, de la limosna santa que pacifica el ambiente en que el Señor sitúa, que nos honra los familiares y enriquece de bendiciones el ánimo de los amigos, la limosna de nuestro deber cumplido, dado que, en el día en que todos nosotros nos consagremos al fiel desempeño de las propias obligaciones, el ángel de la caridad no precisará desfallecer de angustia en las cárceles de los sufrimientos terrenos, de vez que la fraternidad estará reinando con nosotros en la exaltación de la perfecta alegría.

Aflicción

“Mirad por vosotros mismos”. – Juan (II Juan, 1:8)

Cada criatura retorna a la tierra con la aflicción referente a las luchas regeneradoras.

Aflicción que nos expresa el pasado renaciente o nos define el débito actuante en la Contabilidad Divina.

Aquí, es la enfermedad, que el tiempo traerá inevitablemente, cuando lo necesita, al campo de nuestros impulsos inferiores.

Allí, es la condición social, repleta de espinos, en que se nos ajustarán las directrices y los pensamientos.

Allá, es el templo doméstico, transformado en crisol de angustiosos padecimientos, caldeándonos emociones e ideas, para que la simplicidad nos retome la existencia.

Más allá, es la tarea representativa en que el estandarte del bien común exige de nosotros las más largas demostraciones de comprensión y renuncia, reclamándonos integral ajuste a la felicidad de los otros, antes de pensar en nuestra propia felicidad.

En todas partes, encuentra la criatura la aflicción cuando vista por enseñanza bendita, proponiéndole las más bellas conquistas espirituales para la Esfera Superior.

Sin embargo, si el camino terreno es nuestra prueba salvadora, somos en nosotros el gran problema de la vida, siempre estamos interesados en la deserción del trabajo difícil que nos ofrecerá el tesoro de la experiencia.

Tránsfugas del deber, en las menores modalidades, nos encontramos siempre a la caza de consolación y bienestar, disputando excusas y moratorias, con lo que solo aplazamos indefinidamente la ejecución de los trabajos indispensables para la restauración de nosotros mismos.

Sepamos valorizar nuestra oportunidad de crecimiento para el Mundo Mayor, abrazando en la aflicción constructiva de la jornada, el medicamento capaz de realizarnos la propia cura o el recurso susceptible de lanzarnos a más altos niveles de evolución.

No bastará sufrir.

Es preciso aprovechar el concurso del dolor, convirtiéndolo en ruta de luz.

Colocados, de ese modo, entre las pruebas que nos señalan la senda de cada día, usemos constantemente la llave del sacrificio propio, a favor de la paz y de la alegría de los que nos rodean, porque solamente disminuyendo las provocaciones ajenas, es cuando

conseguiremos convertir las nuestras en talentos de amor para las Bienaventuranzas
Imperecederas.

El Maestro Divino

“Estad pues firmes...” – Pablo (Efesios, 6:14)

Arrancándonos del reducto de la delincuencia, y arrebatándonos del infierno de la culpa, a que descendimos por el desvarío de la propia voluntad, nos concede el Señor el maestro divino, que, apoyado en el tiempo, se convierte en el enfermero de nuestros males y en el ángel infatigable que nos ampara el destino.

Paciente e imperturbable, nos devuelve todos los golpes con que dilaceramos el cuerpo de la vida, para que no persistamos en la grada del error o en las cárceles del remordimiento.

Aquí, modela cunas entre llagas atroces con que nos restaura los desequilibrios del sentimiento, allí traza programas reparadores entre los cuales padecemos en el propio cuerpo las heridas que abrimos en el pecho de los semejantes.

Ahora, reúne lazos de la misma sangre duros adversarios que se pelean en el odio para que se reconcilien por intermedio de urgentes obligaciones, según los dictámenes de la naturaleza; después obligados a la carencia aflictiva, en el hogar empobrecido y enfermo, cuantos se excedieron en los abusos de la avaricia y de la ambición sin límites, a fin de que retornen al culto de la verdadera fraternidad.

Hoy, rehace la inteligencia desviada en las sombras, por el calvario de la idiotez, mañana, recompone con el buril de molestias ingratas la belleza del espíritu que nuestros abusos en el cuerpo transforman tantas veces en fealdad y ruina.

Aquí corrige, adelante esclarece, más allá reajusta, más allá perfecciona.

Incasable en la marcha, crea y destruye, para reconstruir ante las metas del bien eterno, usando aflicción y disgusto, desencanto y amargura, para que la paz y la esperanza, la alegría y la victoria nos hagan felices más tarde, en el santuario de la experiencia.

Semejante genio invariable y amigo es el dolor benemérito, cuyo precioso poder cura todos los desequilibrios y problemas del mal.

Recordemos: en el recinto doméstico o en el camino mayor, ante los amigos y los desafectos, en la jornada de cada día cuando visitados por el sufrimiento que nos imponga sudor y lágrimas, calmemos al propio espíritu y, sonriendo para el trabajo con que el dolor nos favorece, agradezcamos la dificultad, aceptando la lección.

Ante la bendición del cuerpo

“Ahora, vosotros sois el cuerpo de Cristo...” – Pablo. (II Corintios, 12:27)

A pretexto de alcanzar la virtud no menosprecies el cuerpo que te ayuda a conquistarla.

El vehículo orgánico para el espíritu reencarnado es la maquina preciosa, capaz de ofrecerle a las manos del operario de la Vida Imperecedera el rendimiento de la evolución.

Hay quien condene sus piezas ennoblecidas al oxido destructor.

Son los hermanos que se dejan vencer por las telas de la inercia o por el moho del desánimo.

Conocemos a aquellos que relegan su engranaje a la perturbación y el desorden.

Son los compañeros que prefieren el desequilibrio y la intemperancia para consejeros de cada día.

Observamos frecuentemente los que arrojan sus posibilidades al fuego devorador.

Son los amigos, voluntariamente entregados a furiosas pasiones que devastan su mente.

Anotamos, aun, aquellos que ceden su dirección a malhechores confesos. Tenemos en esa imagen todos aquellos que se complacen con los contratistas de la delincuencia, desenvolviendo lamentables procesos de obsesión.

Reserva tu cuerpo a la manera del trabajador responsable y consciente que protege el instrumento de trabajo que la vida le confió. Huye del tormento del exceso, del verdete de la pereza y de la excitación de la imprudencia.

Bendiciendo el templo de recursos físicos en que te sitúas, pasarás sobre la Tierra, bendiciendo y sirviendo, convirtiendo las cuerdas de tu alma en harpa divina para que el Señor; a través de ellas, pueda dar para el mundo las melodías de la belleza, los canticos del progreso y los poemas del amor, en celeste exaltación de la Alegría.

Alteraciones en la fe

“No seas vencido de lo malo, mas vence con el bien el mal.” – Pablo (Romanos, 12:21)

Ante las cuestiones de vivencia en lo cotidiano, se consigue mantener la fe en Dios y en la inmortalidad del alma, encima de los obstáculos en que se nos apuran las facultades en el campo de la vida, piensa compadecido en los hermanos alterados, en materia de fe.

Especialmente en aquellos que no pudieron soportar el clima de trabajo y perfeccionamiento, en que te encuentras y que se inclinaron no solo para la indiferencia sino también para la negación.

Probablemente, algunos de ellos se hacen pasibles de esa o de aquella observación, que tiende a interrumpirles, por algún tiempo, la capacidad de influencia en el ánimo ajeno, entretanto, en mayoría, son compañeros en graves transformaciones en la vida íntima.

Ese habrá visto crisis y tribulaciones en el instituto doméstico y se ve traumatizado como quien se ve al borde del colapso nervioso.

Aquel habrá concordado con sugerencias deprimentes y habrá caído en los laberintos de la obsesión.

Otro sufrió el abandono de personas queridas y no consiguió apartarse del profundo resentimiento.

Otro aun pasó desafíos y pruebas que le impusieron enfermedades y cansancio, estirándose en el desánimo o al desaliento.

Delante de los hermanos alterados en la fe por esa o aquella circunstancia, usa discreción y caridad en cualquier pronunciamiento. No les agraves las inquietudes, proponiéndoles problemas nuevos y ni les agites las heridas del alma con apuntes infelices. Cuando sea posible, entrégales el pan del optimismo y la luz de la esperanza, sin reproches innecesarios, para volverles a levantar con confianza, reconociendo que la Divina Providencia, con justicia y misericordia, vela por todos nosotros y que los compañeros de Jesús son por Él llamados para construir y reconstruir.

Al sol de la verdad

“Pero cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, él os guiará a toda la verdad...” – Jesús (Juan, 16:13)

¿De qué manera vencerá el Espiritismo los obstáculos que se agigantan delante de él? Hay compañeros que preguntan: - “¿Debemos disputar destaque político o dominar la fortuna terrestre?”. En cuanto a eso, otros enfatizan la ilusoria necesidad de la guerra verbal a congregaciones o personas.

Dentro del asunto, no obstante, transcribimos la Pregunta nº 799, de “El libro de los Espíritus”. Prudente y claro Kardec formuló, a los orientadores espirituales de su obra, la siguiente pregunta: “¿De qué manera puede el Espiritismo contribuir para el progreso?” Y, en la lógica de siempre, he aquí que ellos respondieron: “Destruyendo el materialismo que es una de las llagas de la sociedad, él hace que los hombres comprendan donde se encuentra sus verdaderos intereses.”

Dejando la vida futura de estar velada por la duda, el hombre percibirá mejor que, por medio del presente, le es dado preparar su futuro.

Quitando los prejuicios de sectas, castas y colores, enseña a los hombres la gran solidaridad que los ha de unir como hermanos.”

No nos engañemos, con respeto a nuestras tareas. Somos todos llamados por la Bendición del Cristo a hacer luz en el mundo de las consciencias, comenzando por nosotros mismos, disipando las tinieblas del materialismo para la claridad de la Verdad, no por el espíritu de fuerza, sino por la fuerza del espíritu, a expresarse en servicio, fraterno, entendimiento y educación.

Civilización y reino de Dios

“Habiéndole preguntado los fariseos cuándo vendría el reino de Dios, Jesús les respondió, y dijo: El reino de Dios no viene con señales visibles.” (Lucas, 17:20)

La tierra de hoy reúne pueblos de vanguardia en la esfera de la inteligencia.

Ciudades enormes son usadas, a la manera de nidos gigantescos de cemento y acero, por agrupamientos de millones de personas.

La energía eléctrica asegura la circulación de la fuerza necesaria para la manutención del trabajo y del bienestar doméstico.

La Ciencia garantiza la higiene.

El automóvil gana tiempo y acorta distancias.

La prensa y la radiotelevisión interconectan a millares de personas, en un solo instante, en la misma franja de pensamiento.

La escuela hace brillar el cerebro.

La técnica orienta la industria.

Los institutos sociales patrocinan los asuntos de previsión y seguridad.

El comercio, sabiamente dirigido, atiende al consumo con precisión.

¿Sin embargo, estaremos delante de la civilización impecable?

Al frente de esos emporios resplandecientes de cultura y progreso material, recordemos la palabra de los instructores de Allan Kardec, en las bases de la codificación del espiritismo. Preguntándoles a ellos “por cuáles signos podemos reconocer a una civilización completa” a través de la pregunta nº 793, constante de “El libro de los Espíritus”, de ellos recogió la siguiente respuesta:

“La reconoceréis por su desarrollo moral. Os creéis muy adelantados porque habéis hecho grandes descubrimientos y maravillosas invenciones; porque estáis más confortablemente alojados y mejor vestidos que los salvajes; pero sólo tendréis de veras el derecho de llamaros civilizados cuando hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios que la deshonran, y cuando viváis juntos como hermanos, practicando la caridad cristiana. Hasta entonces, no seguiréis siendo otra cosa que pueblos instruidos que sólo recorrieron la primera fase de la civilización.”

¡Espíritus, hermanos! Rememoremos la advertencia del Cristo, cuando nos afirma que el reino de Dios no viene hasta nosotros con apariencias externas; para edificarlo, no nos olvidemos que la Doctrina Espirita es la luz en nuestras manos.

Reflexionemos en eso.

Súpercultura y calamidades morales

“Y le dijo Dios: Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma; y lo que has prevenido, ¿de quién será?” – Jesús (Lucas, 12:20)

No basta juntar valores materiales para la garantía de felicidad.

La súpercultura consigue actualmente en la Tierra ciertos prodigios, en todos los reinos de la Naturaleza física, desde el control de las fuerzas atómicas a las realizaciones de la Astronáutica.

No obstante, entre los pueblos más adelantados del Planeta, avanzan dos calamidades morales del materialismo, corrompiéndoles las fuerzas: el suicidio y la locura, o, más propiamente la angustia y la obsesión.

El hombre no se aprovisiona de reservas espirituales a costa de máquinas. Para soportar los roces necesarios a la evolución y a los conflictos resultantes de la lucha regenerativa, precisa alimentarse con recursos del alma y apoyarse en ellos. En ese sentido, vale recordar el sensato comentario de Allan Kardec, en el Ítem 14, del Capítulo V, de “El Evangelio según el espiritismo”, bajo el epígrafe “El Suicidio y la Locura”:

“La calma y la resignación, resultantes de la manera de enfrentar la vida terrestre y la fe en el futuro, dan al Espíritu una serenidad que es el mejor preservativo contra la locura y el suicidio. En efecto, es cierto que la mayoría de los casos de locura son debidos a la conmoción producida por las vicisitudes que el hombre no tiene fuerza para soportar; si, pues, por la manera que el Espiritismo le hace ver las cosas de este mundo, recibe con indiferencia, hasta con alegría, los reveses y las decepciones que lo desesperarían en otras circunstancias, es evidente que esa fuerza, que le coloca por encima de los acontecimientos, preserva su razón de los embates, que sin ella, lo sacudirían.”

¡Espiritas, amigos! ¡Atendamos a la caridad que suprime la penuria del cuerpo, pero no menospreciemos el socorro a las necesidades del alma! ¡Divulguemos la luz de la Doctrina Espirita!

Ayudemos el prójimo a discernir y pensar.

Fe y cultura

“Al enfermo en la fe sobrellevad, pero no hasta discernimientos dudosos.” -Pablo (Romanos, 14:1)

Indudablemente, no siempre la fe acompaña la expansión de la cultura, tanto como no siempre la cultura consigue elevarse al nivel de la fe.

Un cerebro vigoroso puede elevarse a prodigios de cálculo o destacarse en los más entrañados campos de la emoción, puertas adentro de los valores artísticos, sin entender bagatelas de resistencia moral delante de la tentación o del sufrimiento.

De igual modo, un corazón fervoroso es susceptible de las más nobles demostraciones de heroísmo delante del dolor o de la más alta reacción contra el mal, mostrando manifiesta incapacidad para aceptar las imposiciones de la investigación o de los requisitos del progreso.

La Ciencia investiga.

La Religión cree.

Si no es justo que la Ciencia imponga directrices a la Religión, incompatibles con sus necesidades del sentimiento, no es razonable que la Religión obligue a la Ciencia a adoptar normas inconciliables con sus exigencias de raciocinio.

Equilibrio será nuestro clima de entendimiento, en todos los asuntos que se relacionan a la fe y a la Cultura, o estaremos siempre amenazados por el desierto de la descreencia o por el charco del fanatismo.

Ayudémonos mutuamente.

En la siembra de la fe, aprendamos a escuchar con serenidad para hablar con acierto.

Dice el Apóstol Pablo: “Acoged al que es débil en la fe, pero, no, para discutir opiniones.” Para llegar a la cultura, hija del trabajo y de la verdad, el hombre es naturalmente compelido a indagar, examinar, experimentar y teorizar, pero para alcanzar la fe viva, hija de la comprensión y del amor, es forzoso servir. Y servir es hacer luz.

Compromiso personal

“Yo planté, Apolos regó; mas Dios ha dado el crecimiento.” – Pablo (I Corintios, 3:6)

Nada de personalismo desordenado en la labranza del espíritu.

Como ocurre en cualquier campo terrestre, algún cultivador, en la gleba del alma, puede jactarse de todo hacer en los dominios de la siembra o de la cosecha.

Después del esfuerzo de quien planta, hay quien siega el vegetal naciente, quien lo ayuda, quien lo corrija, quien lo proteja. Pensando, pues, en el impositivo de la descentralización, en el servicio espiritual, muchos compañeros huyen de la iniciativa en las construcciones de orden moral que nos competen.

Muchos, convidados a compromisos edificantes, en este o en aquel sector de trabajo, se afirman no aptos para la tarea, como si nunca debiésemos iniciar el aprendizaje del perfeccionamiento íntimo, mientras que otros aseveran, casi siempre con ironía, que no nacieron para líderes.

Los que así proceden acostumbran a relegar para Dios sencillas obligaciones en lo que atañe a la elevación, progreso, perfeccionamiento o mejoría, pero la ley del Creador no exime a la criatura del deber de colaborar en la edificación del bien y de la verdad, a favor de sí misma.

Veamos la palabra del Apóstol Pablo, cuando ya conocía los problemas del auto-perfeccionamiento, en nosotros refiriéndose a la evangelización: “Yo planté, Apolo regó, pero el crecimiento vino de Dios.”

La Necesidad de la dedicación individual a la causa de la Verdad trasluce, clara, de semejante concepto.

Sabemos que la esencia de toda actividad, en una labra agrícola, procede, originalmente, de la Providencia Divina. De Dios viene la semilla, el suelo, el clima, la sabia y la orientación para el desarrollo del árbol, como también dimanen de Dios la inteligencia, la salud, el valor y el discernimiento del cultivador, pero somos obligados a reconocer que alguien debe plantar.

Encargos

“Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.” – Pablo (I Corintios, 12:7)

Cada individualidad encuentra en la reencarnación un cuadro de valores potenciales de trabajo, análogos a aquellos que la persona recibe cuando es favorecida por un cargo determinado.

Así como el obrero es indicado para integrar la tabla nominativa de cierta sección, con atribuciones específicas, también nosotros, cuando nos dirigimos para la esfera física, recógenos semejante designación; somos como que nombrados para servir en determinado sector de actividad y consecuentemente, colocados en el equipo de familiares y compañeros que nos posibilitan la realización de la tarea.

Pero, si la obtención del cargo resulta de la concesión o de orden del Plano Superior, el aprovechamiento del encargo depende del interés en desarrollar o consolidar los propios méritos. Frente a eso necesitamos considerar que todos poseemos el talento de la capacidad para invertir en la edificación del bien, allá donde estemos.

Nadie está huérfano de oportunidad.

En todas partes, hay servicio que prestar y lo mejor que hacer.

Observa en torno de ti y escucharás múltiples llamamientos a la obra del progreso general. Nadie está privado de la oportunidad de ayudar al prójimo, elevar, consolar, instruir, renovar. No te detengas.

El amparo del Señor es concedido a cada ser humano, mirando al provecho de todos. Considerar la indicación que recibiste para servir, según las posibilidades que te enriquecen el corazón y las manos.

El cargo viene a nuestra esfera de acción, por efecto de la Providencia Divina, pero la valorización del encargo parte de nosotros.

Recursos

“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” – Jesús (Lucas, 12:15)

Frecuentemente, cuando nos referimos a la propiedad, recordamos, de inmediato, posesiones y haberes de expresión material y reconstituimos en el recuerdo la imagen de nuestros amigos que cargan compromisos como la fortuna terrestre, como si ellos fuesen los únicos responsables por el equilibrio del mundo. Sin embargo, así obrando, resbalaremos inconscientemente para la fuga de nuestros propios deberes, sin que eso nos exima de las obligaciones asumidas.

Simbólicamente, todos retenemos capitales para mover, de vez que, en cada estancia regeneradora o evolutiva en que nos encontramos, somos acompañados por valiosos créditos de tiempo, a través de los cuales la Divina Providencia nos considera iguales por la necesidad y, simultáneamente, nos diferencia unos de los otros por la aplicación individual que hacemos de ellos.

Somos todos, de ese modo, convocados no solamente a emplear dinero, sino también salud, condición, profesión, habilidad, entendimiento, cultura, relaciones y otras posibilidades de que seamos poseedores, a favor de los otros, ya que por nuestras propias acciones somos valorizados o depreciados, enriquecidos o limitados en nuestros recursos por la Contabilidad de la Eterna Justicia.

Permanecemos, así, atentos a las menores oportunidades de ayudar que se nos ofrezcan, en la experiencia cotidiana, aprovechándolas, todo lo posible, porque, si nuestras reservas de tiempo están siendo realmente depositadas en el Fondo de Servicio al Prójimo, en el Banco de la Vida, la Cartera de suplemento Espontaneo nos enviará, estemos donde estemos, los dividendos de ayuda y felicidad a que tengamos derecho, sin que haya, de nuestra parte, ni incluso la preocupación de sacar.

En el trato común

“...Ninguna raíz de amargura brotando os impida, y por ella muchos sean contaminados.”
– Pablo (hebreos, 12:15)

Es razonable que seamos siempre cautelosos a fin de no extender el mal al camino ajeno.

Los otros cogen frutos de nuestras acciones y nos ofrecen, de vuelta, las reacciones consecuentes. De ahí, el cuidado instintivo de no herir la propia conciencia, sea vigilando actitudes o seleccionando palabras, para que vivamos en paz al frente de los semejantes, asegurando tranquilidad a nosotros mismos.

En muchas circunstancias, con todo, no nos inmunizamos contra los agentes tóxicos de la queja.

Sobreestimamos nuestros problemas, suponemos nuestros dolores mayores y más complejos que el de los vecinos y, mímanos el propio egoísmo, cultivamos indeseable raíz de amargura en el suelo del corazón. De ahí brotan espineros mentales, susceptibles de golpear a los que están con nosotros, en la actividad cotidiana, envenenándoles la vida.

¡Cuántas sugerencias infelices habremos coagulado en el cerebro de los entes amados, predisponiéndolos a la enfermedad o a la delincuencia con nuestras frases irreflexivas!

¡Cuántos gestos lamentables habrán venido a la luz, arrancados de la sombra por nuestras observaciones vinagrosas!

Tengamos precaución contra semejantes calamidades que se nos instalan en las tareas del día a día, casi siempre sin que lo percibamos. Olvidemos ofensas, discordias, angustias y oscuridades, para que la raíz de la amargura no encuentre clima propicio en el campo en que actuamos.

Todos necesitamos de felicidad y paz; sin embargo, felicidad y paz solicitan amor y renovación, tanto como el progreso y la vida piden trabajo armonioso y bendición del sol.

En el examen recíproco

“Considerémonos los unos a los otros para provocarnos a la caridad, y a las buenas obras.” – Pablo (Hebreos 10:24)

Algunas veces somos obligados a examinar las directrices de nuestros compañeros de experiencia, en las horas en que se muestran en actitudes menos edificantes.

Vimos determinados amigos en lances peligrosos del camino, hasta ayer. Y hasta ayer habrá ellos:

entrado en negocios dudosos;
caído en lastimados engaños;
perpetrados delitos;
descendido a precipicios de sombra;
causado perjuicio a otro, lesionándose a sí mismos;
huyendo de deberes respetables despreciando valiosas oportunidades en el levantamiento del bien;
renegando la fe que les servía de ancla;
adoptado compañías que les dañaron la existencia;
abrazado a irresponsabilidades por norma de acción.

Momentos existen en los cuales es imposible desconocer nuestros fallos; entretanto, tengamos la debida prudencia de situar el mal en el pasado.

Habremos tenido comportamiento menos feliz hasta ayer.

Hoy, pues, es un nuevo día.

Ayudémonos recíprocamente, encendiendo luz que nos disipe la sombra.

Estandaricemos el sentimiento en un punto alto, pensemos con la fuerza bendecida del optimismo, hablemos para el bien y realicemos lo mejor a nuestro alcance, en el terreno de la acción.

Recordemos la enseñanza del Apóstol, considerándonos unos a los otros, no en sentido negativo, y si con la fraternidad operante, para que tengamos el necesario estímulo a la práctica del amor puro, superando nuestras propias debilidades, en camino para la Vida Mayor.

Oraremos

“Y esta es la confianza que tenemos en Dios, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.” – Juan (I Juan, 5:15)

Exponemos en oración al Señor nuestros obstáculos, pidiendo las providencias que se nos hagan necesarias para la paz y para la ejecución de los encargos que la vida nos delegó; sin embargo, suplicaremos también a él que nos ilumine el entendimiento, para que sepamos recibir dignamente sus decisiones.

No nos olvidemos de que nuestra capacidad visual abarca, más o menos, únicamente el corto espacio de los sesenta segundos de un minuto, mientras que el Señor, que nos acompañó las numerosas existencias pasadas, existencias que conservas, ahora, en la Tierra, temporalmente olvidadas, nos concede el montante de las necesidades de hoy y de mañana.

Tengamos suficiente gratitud para no suprimir su bendición.

La Providencia Divina posee los recursos y caminos que le son propios para alcanzarnos. Cuando encarnados en el plano físico, si en la posición de enfermos, acostumbramos implorar del Cielo la dadiva de la salud corpórea, en la expectativa de obtener un milagro y, a veces, el Cielo nos responde con la imposición de un bisturí, que nos rasga las entrañas, de manera para reconstruirnos el equilibrio orgánico.

Simbólicamente, ocurren circunstancias idénticas en el cuadro espiritual de nuestra vida cotidiana.

Rogamos a Dios la presencia de la felicidad en nuestros días, según la concepción con que la imaginamos, pero somos, vía de regla, portadores de ciertos defectos, que nos impedirían acogerla, sin agravar las propias deudas, y Dios, en muchos casos, nos envía primeramente el espino del sufrimiento, que nos proporcione la experiencia precisa para recibirla en momento oportuno, como determina el recurso operatorio para el cuerpo enfermo, antes que se le restaure la salud.

Oraremos, sí; no obstante, es imperioso, en materia de petición, rogar eso o aquello al Señor, siempre de acuerdo con Su Voluntad, porque la Voluntad del Señor incluye, invariablemente, la armonía y la felicidad de nuestra vida.

Llamamiento de siempre

“... *Prosigo al blanco...*” – Pablo (*Filipenses, 3:14*)

En las horas de aguacero, reflexiona en la cosecha que vendrá.

En los instantes difíciles, obra pensando en la suma de alegrías que nacerán del deber cumplido.

No te detengas en recuerdos amargos del pasado.

La derrota sufrida habrá sido preciosa lección para un mejor aprovechamiento de las horas de hoy; la lagrima vertida fue talvez el colirio de la verdad, enseñándote a ver; la prueba experimentada te reveló el camino de la paciencia; los afectos que desertaron se te yerguen presentemente en la memoria por instrucciones de la vida, impulsándote del genuino amor.

Para adelante – es el llamamiento de lo más alto.

El pasado es capaz de ayudar, pero solamente como recurso de información. Si dudas de eso, reflexiona en el automóvil de que te sirves comúnmente: el retrovisor colabora apenas para que te esclarezcas, en cuanto a las advertencias de la retaguardia, de vez que necesitas permanecer de atención concentrada en el camino de adelante, como quien se ve inevitablemente llamado para el futuro.

Caso grave

“... Loco, esta noche te pedirán tu alma; ¿y lo que tienes preparado para quien será? – Jesús (Lucas 15:20)

De entre nuestros compañeros de experiencia humana, aquel:

que solo entrevé sus necesidades, sin consideración para las necesidades de sus vecinos;

que jamás se apartó de la casa abundante, ni incluso un momento, para llevar un pan a la choza que la penuria vigila;

que nunca se acordó de ofrecer migajas de los recursos que le son propios, en las obras de la solidaridad;

que ve exclusivamente las exigencias de los propios hijos, laureándolos de abundancia y cariño, sin intentar, ni incluso un poco, aminorar el suplicio de los niños abandonados;

que se iluminó con la antorcha de la ciencia y se encerró en bibliotecas valiosas, sin extender el más ligero haz de luz a los ignorantes.

que se enriqueció de tributos afectivos en el hogar tranquilo, sin encender, en tiempo alguno, el menor rayo de esperanza o de alegría para la viudez en desamparo:

que únicamente sabe disfrutar de las ventajas personas, sin alargar un brazo amigo en la dirección de los que anhelan por una sencilla oportunidad de las muchas oportunidades de elevación y progreso que favorecen su vida;

que va, existencia afuera, en el carro de la salud física, cerrando los oídos para no escuchar el lloro y la súplica de los enfermos que ruegan su protección y consuelo;

es, de todos los hermanos perjudicados por el egoísmo, un caso de los más graves de los que más carecen de piedad, con derecho a ser internado con urgencia en nuestro pronto-socorro de la oración.

Autoprotección

“Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir.” – Jesús (Mateo 7:2)

La gentileza debe ser examinada, no solamente por llave de ajuste en las relaciones humanas, sino igualmente en su función protectora para aquellos que la cultivan.

No hablamos aquí de la sonrisa de indiferencia que planea, indefinido, en la cara, cuando el sentimiento está lejos de colorearlo.

Nos reportamos a la comprensión y, consecuentemente, a la tolerancia y al respeto con que somos todos llamados a la garantía de la paz recíproca.

De cuando en cuando, destaquemos una franja de tiempo para considerar cuantos afectos y oportunidades preciosas hemos perdido, únicamente por una pequeña desatención o por la impaciencia de un simple gesto.

¡Cuántas horas gastadas con arrepentimientos tardíos y cuantas agresiones vibratorias adquiridas a costa de nuestras propias observaciones, censuras, preguntas y respuestas mal conducidas! ...

Lo que hicimos a otro, lo hará otro a nosotros y por nosotros.

Reflexionemos en los temas de la autoprotección.

A fin de nutrirnos o calentarnos, otros no se alimentan y ni se abrigan en nuestro lugar y, por más que nos ame, no consigue nadie substituirnos en la medicación de que estemos necesitados.

En las cuestiones del alma, igualmente, los reflejos de la bondad y las respuestas de la simpatía han de ser plantados por nosotros, si aspiramos a la paz en nosotros.

Inmunización Espiritual

“Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, orad por los que os calumnian y os persiguen...” – Jesús (Mateo, 5:44)

Tenemos, efectivamente, dos clases de adversarios, aquellos que no concuerdan con nosotros y aquellos otros que suscitamos con nuestra propia cultura de intolerancia.

Los primeros son inevitables. Vuelven del área de todas las existencias, mayormente cuando la criatura se encamina hacia adelante en las sendas de elevación.

Ni Jesús vivió o vive sin ellos.

Los segundos, pues, son aquellos cuyo surgimiento podemos y debemos evitar. Para eso, enumeremos algunos de los perjuicios que conseguiremos reunir, en la certeza, creando aversiones en nuestro camino:

focos de vibraciones contundentes;
centros de oposiciones sistemática;
amenazas silenciosas;
puertas cerradas al concurso espontaneo;
opiniones casi siempre tendenciosas, a nuestro respecto;
sospechas injustificables;
propósitos de venganza;
antipatías gratuitas;
prevenciones y sarcasmos;
aborrecimientos;
sombas de espíritu.

Cualquiera de los fragmentos relacionados en esta lista de desventajas bastaría para amargar una larga porción de nuestra vida, aniquilando nuestras posibilidades preciosas o reduciendo nuestra eficiencia, tranquilidad, realización y alegría de vivir.

Fácil concluir que solo nos perjudicamos a nosotros mismos, haciendo adversarios, tanto como es muy importante saber tolerarlos y respetarlos, siempre que surjan contra nosotros.

Comprendemos, así, que cuando Jesús nos recomendó amar a los enemigos estaba muy lejos de inducirnos a la connivencia con el mal, y si, nos entregaba la fórmula ideal del equilibrio con la paz de la inmunización.

Ante ofensas

“Porque os digo, que si vuestra justicia (rectitud) no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.” – Jesús (Mateo 5:20)

A fin de atender a la recomendación de Jesús, “amaos los unos a los otros como yo os amé”, no te colocarás solamente en el lugar del hermano necesitado de socorro material para que comprendas su indigencia con seguridad; te situarás también en la posición de aquel que te ofende para que percibas su penuria del alma, de modo que le extiendas el concurso posible.

Habitualmente aquel que te hiere puede estar en los más diversos grados de dificultades y perturbaciones.

Talvez esté:

en el clima de engaños lamentables de los cuales se retirará, más tarde, en penosas condiciones de arrepentimiento;
sufriendo la presión de perturbadores procesos obsesivos;
cargando molestias ocultas;
evidenciando propósitos infelices bajo la hipnosis de la ambición descontrolada, de que se apartará, un día, bajo los desencantos de la culpa;
obrando con la irresponsabilidad resultado de la ignorancia;
satisfaciendo compulsiones de locura o procediendo sin autocrítica, en aflictivo momento de pruebas.

Por eso mismo, nos exhortó Jesús a amar a los enemigos y a orar por los que nos persiguen y calumnian. Eso porque somos inconsecuentes toda vez que pongamos recibo a insultos y provocaciones con los cuales nada tenemos que ver.

¿Si tenemos el espíritu pacificado en el deber cumplido, a que título dejar el camino verdadero del bien, a fin de escuchar las sugerencias de las tinieblas en los despeñaderos del mal? Más allá de eso, si estamos en paz, al frente de hermanos nuestros involucrados en sombra o desespero, no sería justo ni humano agravar sus desequilibrios con reacciones impensadas, cuando los sanos, delante de Jesús, son llamados a socorrer a los enfermos, con la sincera disposición de comprender y servir, aliviar y ayudar.

Ante el divino sembrador

“Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar...” – Jesús (Marcos 4:3)

Jesús es el Sembrador de la Tierra y la Humanidad es la Labranza de Dios en Sus Manos.

Acordémonos de la renuncia exigida a la semilla llamada a la producción que se destina al granero, para que no vengamos a sucumbir en nuestras propias tareas.

Tirada al nido oscuro de la tierra en que le cabe florecer, sufre extremo abandono, sofocada por el peso del suelo que aplasta su envoltorio. Sola y oprimida, se desfaja de las fuerzas inferiores que la constriñen, a fin de que sus principios germinativos consigan recibir la bendición del cielo. Con todo, mal desarrollada, habitualmente padece el asalto de gusanos que manchan su interior, cuando no experimenta la avalancha de barro, por fuerza de los temporales.

Aun así, oscura y modesta, la planta nacida cree instintivamente en la sabiduría de la naturaleza que le plasmó la existencia y crece para el brillo solar, vistiéndose de frondas tiernas y floreciendo en melodías de perfuma y belleza para fructificar, más tarde, en los recursos que sustentan la vida.

Delante del sembrador sublime, no te desanimes ante los pesares de la incomprensión y del aislamiento, de las tentaciones y de las sufrimientos aflictivos y rudos.

Cree en el Poder Divino que te creó para la inmortalidad y, en el silencio del trabajo incesante en el bien a que fuiste llevado, yérguete para la Luz Soberana, en la certeza de que, a través de la integración con el amor que nos rige los destinos, llegarás bajo la generosa protección del Celeste Fruticultor, para la fructificación de la verdadera felicidad.

Oportunidad en nosotros

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse...” – Pablo (II Timoteo 2:15)

No admitas que el bien se procese a distancia de esfuerzo paciente que lo concrete.

El creador establece el árbol en la semilla. La criatura puede protegerla y perfeccionarla.

Recibes de la Divina Providencia el tesoro de las horas, el apoyo del conocimiento, la posibilidad de obrar, el beneficio del relacionamiento, pero la formación de la oportunidad para que se realice en tus propias esperanzas depende de ti.

No hay confianza profesional sin el debido certificado de competencia.

No dispondrás efectivamente de la maquina sin conocer sus engranajes con su respectiva función.

En las áreas del espíritu, las leyes son las mismas.

Te esforzarás en adquirir entendimiento; practicarás el respeto a los semejantes; acentuarás, todo lo posible, tus prestaciones de servicio en apoyo a los otros y reunirás la simpatía de que necesitas en el prójimo, a fin de que el prójimo te ayude en la edificación de tus ideales. Entonces, te capacitarás a ti mismo, para que la oportunidad te valore.

En cualquier tarea de mejoría y elevación, en que esperemos nuevas adquisiciones de paz y alegría, felicidad y seguridad, no nos olvidemos de que la posibilidad nace de Dios y que el trabajo viene de nosotros.

En familia Espiritual

“Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo?” – Jesús (Mateo 7:3)

Cuanto más nos adentramos en el conocimiento de nosotros mismos, más se nos impone la obligación de comprender y disculpar, en la sustentación del equilibrio en nosotros y en torno de nosotros.

De ahí la necesidad de la convivencia, en que nos reflejamos unos en los otros, no para criticarnos, sino para entendernos, a través de la bendita reciprocidad, en los varios cursos de tolerancia, en que la vida nos sitúa, en el clima de la evolución terrestre.

Así es que, en la escuela de la vida, aquel compañero:

que solamente identifica el lado imperfecto de sus hermanos, sin observarles parte buena; que jamás se ve dispuesto a olvidar las ofensas de que haya sido objeto;

que solo se acuerda de los adversarios con el propósito de arrasarlos, sin reconocer sus dificultades y sus sufrimientos;

que no analiza las razones de los otros, fijándose únicamente en los derechos que cree pertenecerle;

que no se ve posible de censura o de advertencia, en momento alguno;

que se considera invulnerable en las opiniones que emita o la conducta que adopte;

que no reconoce los propios errores y vigila incesantemente las faltas ajenas;

que no dispone de una sola frase para pronunciar consolación y esperanza, a favor de los caídos en la penuria moral;

que se utiliza de la verdad exclusivamente para amenazar o herir...

Será talvez de todos nosotros aquel que más exija entendimiento y ternura, de vez que, desajustado en la intolerancia, se muestra siempre desvalido de paz y necesitado de amor.

Confiando

“...Tened fe en Dios.” – Jesús (Marco 11:22)

Teniendo fe en los descubrimientos y en las observaciones conjugadas de físicos, astrónomos y matemáticos, el hombre construye el cohete con el cual explora victoriosamente el espacio cósmico; teniendo fe en las ondas electromagnéticas, formó las bases de la televisión que hoy transmite la palabra y la imagen a largas distancias, simultáneamente, en todas las direcciones; teniendo fe en los procesos inmunológicos, iniciados y desarrollados por él mismo, creó la vacuna, eliminando el problema de las molestias contagiosas que, de tiempos en tiempos, diezmaban millares de existencias en el mundo; teniendo fe en la escuela, la dividió en sectores múltiples y estableció cursos específicos, de modo para servir a las criaturas, de la infancia a la madurez, apartando a la Humanidad de los perjuicios de la insipiente y del flagelo de la ignorancia; teniendo el motor, inventó el automóvil en que se transporta, a voluntad, de región a región, atendiendo a los propios intereses con inestimable ganancia de tiempo.

Así, también, confiando en las enseñanzas del Cristo y practicándolo como se hace necesario, la criatura edificará su propia felicidad; sin embargo, como acontece al cohete, a la televisión, a la vacuna, a la escuela y al automóvil, que funcionan, siguiendo los principios en que se basan, a fin de ofrecer los frutos preciosos, en el auxilio al hombre, la fe en las lecciones de Jesús solo valdría si fuese usada.

En la cultura de la paz

“Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios.” – Jesús (Mateo 5:9)

En la cultura de la paz, sepamos siempre:

respetar las opiniones ajenas como deseamos sea mantenida el respeto de los otros con las nuestras;

colocarnos en la posición de los compañeros en dificultades, a fin de que sepamos serles útiles;

callar referencias impropias o destructivas;

reconocer que nuestros dolores y sufrimientos no son diferentes de aquellos que visitan el corazón del prójimo;

consagrarnos al cumplimiento de las propias obligaciones;

hacer de cada ocasión la mejor oportunidad de cooperar a beneficio de los semejantes;

mejorarnos, a través del trabajo y del estudio, sea donde sea;

cultivar el placer de servir;

sembrar el amor, por todas partes, entre amigos y enemigos;

jamás dudar de la victoria del bien.

Buscando la consideración de pacificadores, guardaremos la certeza de que la paz verdadera no surge, espontanea, de vez que es y será siempre fruto del esfuerzo de cada uno.

En el perfeccionamiento intimo

“Bienaventurado aquel siervo, al cual, cuando su señor viniere, le hallare haciendo así.” – Jesús (Mateo 24:46)

Suspiramos por el perfeccionamiento personal; sin embargo, para alcanzarlo, urge no olvidar las disciplinas que anteceden para su formación.

A vista de eso, recordemos que la esencia de la educación reside en las directrices de la vida superior que adoptamos para nosotros mismos. De ahí, el impositivo de cultivar el hábito:

De ser fiel al desempeño de los propios deberes;
de hacer lo mejor que podamos, en el sector de acción en que la vida nos sitúe;
de ayudar al otro, sin expectativa de recompensa;
de perfeccionar las palabras que se nos escapan de la boca;
disculpar incondicionalmente cualquier ofensa;
de buscar la “buena parte” de las situaciones y de las personas, olvidando todo lo que tome la forma de calamidad o de sombra;
de procurar el bien con la disposición de realizarlo;
de nunca desesperar;
de que los otros, sean cuales sean son nuestros hermanos e hijos de Dios, constituyendo con nosotros la familia de la Humanidad.

Para eso, es forzoso recordar, sobre todo, que la palanca de la sustentación de los hábitos ennoblecedores está en nosotros y solamente vale por nosotros ser manejada.

Temas de la oración

“Así que, todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos...” – Jesús (Mateo 7:12)

Ruega a Dios te bendiga, pero concíliate cada mañana con todas las criaturas y con todas las cosas, agradeciéndoles la dádiva o lecciones que te ofrecen.

Pide salud, evitando brechas para la enfermedad.

Solicita protección, amparando a los hermanos de experiencia cotidiana, dentro de los recursos que se te hagan posibles.

Espera la felicidad, creando la alegría del prójimo.

Procura las luces del saber, distribuyéndolas en la ayuda a los que te rodean.

Busca mejorar el nivel de bienestar en tu existencia material, apoyando a los compañeros de Humanidad para que se eleven de condición.

Aguarda tolerancia para los fallos posibles que vayas a cometer, sin embargo, olvida igualmente las ofensas de que te hagas objeto o las dificultades que alguien te imponga.

Solicita la consideración y la simpatía de los semejantes para que te armonices contigo mismo; sin embargo, ofrece a los otros la consideración y la simpatía que carecen para que no les falten el equilibrio y la tranquilidad.

Suplica la ayuda del Señor, en la sustentación de tu paz; con todo, no ocultes la ayuda al Señor para que haya sustentación en la paz de los otros.

El árbol se alimenta con los recursos del suelo, produciendo fruto que no consume.

La lámpara gasta la fuerza de la usina, echando luz, a beneficio de todos, sin acumularla.

Nos afirma el Evangelio que para Dios nada existe de imposible, pero de cierto que Dios espera que cada uno de nosotros haga lo posible a nuestro propio favor.

Donación y nosotros

“Dad, y se os dará ...” – Jesús (Lucas 6:38)

Dios te dio la ciencia, a fin de que la extiendas, en beneficio de nuestros hermanos, con tal dedicación que la ignorancia jamás consiga entenebrececer los caminos de la humanidad.

Dios te dio el discernimiento, para que tu concurso verbal ayude a la comprensión de los que te escuchan, de tal modo que tu presencia, sea donde sea, venga a constituirse en luz que disipe la sombra del desequilibrio y neblina de la discordia.

Dios te dio la autoridad, a fin de que ejerzas la justicia con misericordia, de tal manera que la compasión no desaparezca del mundo, bajo las ráfagas de la violencia.

Dios te dio la fortuna para que tu dinero se haga columna del trabajo y de la beneficencia, con tal abnegación que la penuria jamás aniquile a nuestros compañeros aun felices, en las sendas del sufrimiento y del desespero.

Dios constantemente algo te da, entretanto solo conservarás y multiplicarás los talentos recibidos a través de las donaciones que hicieras.

Todos somos solamente usufructuarios de los bienes de la vida, los cuales, en el fondo, pertenecen únicamente al Señor del Universo, que los conserva en nuestras manos, según el provecho y el rendimiento que les demos.

“Dad y se os dará” – afirma Jesús.

Eso, en esencia, quiere decir: Dios te da para que des.

De los nacientes del corazón

“Finalmente, sed todos de un consentimiento, de una afección, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables.” – Pedro (I Pedro 3:8)

De todos los tesoros que la Divina Providencia te confió, uno de ellos es la piedad que puedes liberar como un río de bendiciones de los nacientes del corazón.

Piensa en las lágrimas que ya te pasaron por la existencia y nunca derrames hiel en las sendas de los semejantes. Para eso es necesario que raciocines y te enterezcas, entre la luz de la comprensión y el apoyo de la caridad.

Nos compadecemos fácilmente de los hermanos caídos en necesidades materiales, cuyos padecimientos nos sacuden las fibras más íntimas, pero es preciso igualmente compadecernos de aquellos otros que se sientan delante de la mesa abundante arrasados de angustias, frente a los sufrimientos que se les desmoronan en la vida.

Bastas veces, perdemos lecciones y oportunidades preciosas para la adquisición de valores de la Espiritualidad Mayor, solamente por fijar la observación de cara a situaciones y personas.

El entendimiento fraternal, no obstante, es claridad del alma penetrando vida y sentimiento en sus más desconocidas profundidades. A vista de eso, sea a quien sea, bendice y ayuda siempre.

Delante de cualquier desequilibrio u obstáculo que te venga a sorprender en el camino terrestre, moja tu palabra en el bálsamo de la compasión, a fin de que te liberes dignamente del bien que te cabe cumplir.

Procedamos así, donde estemos, en la certeza de que, en nosotros refiriéndonos a la mayoría, los espíritus endeudados de la Tierra, todas las ventajas que estemos disfrutando, al frente del prójimo, no llegan hasta nosotros en función de merecimiento que absolutamente no poseemos aun, sino simplemente en razón de la misericordia de Dios.

En los caminos de la vida

“Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los otros, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios.” – Pedro (I Pedro 4:10)

Nos inclinamos tiernamente para los que enloquecieron de dolor o resbalaron en peligrosos procesos obsesivos; no obstante, es necesario acercarnos con simpatía de aquellos otros que soportan afflictivas tribulaciones y torturantes problemas para ser fieles a los compromisos que asumen.

Pedimos la Protección Divina para los que viajan en penuria en las sendas del Planeta, acampados en chozas, carente de todo; sin embargo, es forzoso rogar igualmente el amparo de lo Alto para aquellos otros compañeros de la Humanidad que hacen su jornada en naves doradas, de la experiencia terrestre, encarcelados, todavía en suplicios ocultos.

Suplicamos la Bendición del Padre Celeste para los que yacen en los sanatorios y en los presidios, a fin de que soporten pacientemente las pruebas que se hicieron justas, según los principios de causa y efecto, pero es justo implorar también la ayuda de Dios para aquellos otros hombres y mujeres, en condiciones de salud y libertad, que no se ahorran sacrificio para el exacto desempeño de los encargos edificantes que el mundo les indicó.

A nadie excluyas de tu bondad y comprensión.

Somos complementos unos de los otros en la Obra Divina.

Nadie se perfecciona sin el concurso de alguien.

No te engañes con el juego de las apariencias.

Dios te sitúa junto a todos, porque precisas del amparo de todos, y, de algún modo, todos los que te rodean necesitan de ti.

Ilumina donde estés

“Vosotros sois la luz del mundo...” – Jesús (Mateo, 5:14)

Observa a tu alrededor:

la noche de la culpa;

las tinieblas de la delincuencia;

las sombras de la obsesión;

el laberinto de las pruebas;

la caverna de la indiferencia;

las cárceles del egoísmo;

las madrigueras de la ignorancia;

la niebla de la angustia;

las nubes del sufrimiento;

la neblina de las lágrimas;

relaciona los recintos de la vida donde las necesidades del alma nos oscurecen los caminos y extiende ayuda y comprensión, paz y esperanza donde estemos.

Nos dijo el Cristo: “Sois la luz del mundo...”

Y toda criatura es una fuente de luz por ser, en sí misma, una fuente de amor.

Paz indestructible

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones...” – Pablo (Colosenses 3:15)

En la Tierra, muchas veces, tendrás el corazón cercado:

de adversarios gratuitos;

de críticas indebidas;

de acusaciones sin destino;

de pensamientos contradictorios;

de piedras de la incomprensión;

de espinos del sarcasmo;

de ataques y desentendimientos;

de complicaciones que no hiciste;

de tentaciones y problemas;

de procesos obsesivos;

entretanto, guarda la serenidad y prosigue obrando en la extensión del bien, porque, resguardando la conciencia tranquila, tendrás en el interior de la propia alma la paz de Cristo que nadie destruirá.

Por amor a Dios

“Sirviendo con buena voluntad, como al Señor...” – Pablo (Efesios 6:7)

No importa que el hijo-problema te arranque lágrimas de aflicción si lo abrazas en la condición de criatura eterna que Dios te dio para encaminar.

No existe sufrimiento en la abnegación, en favor de padres incomprensibles, si a ellos te consagras en la certeza de que los encuentres por benefactores a que Dios te guio, a fin de que los entiendas y ayudes en el reajuste necesario.

No hay dolor en el sacrificio por alguien en el hogar o en el grupo si tenemos en ese alguien la presencia de una criatura difícil que Dios colocó en nuestro camino, para que le servimos de apoyo.

No existen lágrimas en los encargos de auxilio al prójimo, bastantes veces llenas de aversiones gratuitas, si las acogemos por trabajo que Dios nos entrega, en el cual se nos apagan los impulsos de la personalidad, a fin de que nos transformemos en ayuda a los semejantes.

Acepta la responsabilidad en tus manos o las pruebas que el tiempo te llevó por trabajo que Dios te confía, trabajando y sirviendo, comprendiendo y ayudando a los otros, por amor a Dios y más de prisa te desharás de cualquier sombra del pasado, liquidando débitos y culpas, en servicio de amor a Dios, porque el amor a Dios se te hará luz en el corazón, haciéndote vivir al sol del porvenir.

Sirve y confía

“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados...” – Pablo (I Corintios 1:9)

Frecuentemente, aparecen los compañeros que se dicen incapaces para la tarea que se les concedió. Asumieron compromisos que se apartan en las primeras dificultades, alegando incompetencia; inician emprendimientos de que se retiran, luego surgen ciertos obstáculos, declarándose frágiles para el trabajo a realizar. Y retardan la ejecución de servicio que les acarrearían paz y felicidad sin tardanza mayor.

Si te sientes en la órbita de semejante problema, persevera en el deber que abrazaste y no temas.

Las Leyes Divinas jamás fallan.

La naturaleza no espera frutos de naranjos nacientes.

La vida no sienta al niño en la cátedra del profesor.

Si repuntan horas de crisis en los encargos que te competen, mantente firme en el lugar de trabajo en que el mundo te colocó, y cultiva la certeza de que no te faltará ayuda para la concretización del bien a que te dedicas.

Rememoremos las palabras del Apóstol Pablo, cuando nos asevera: “Fiel es Dios por el cual fuisteis llamados”, concientizándonos de que Dios no nos dejará intentar empresa alguna, encima de las fuerzas de que podemos disponer.

Con semejante deducción, prosigamos en las tareas en que fuimos contratados, con vistas al bien de todos, obrando y aprendiendo, trabajando y sirviendo, ante la bendición de Dios.

Subdesarrollo Espiritual

“Reciban al que es débil en la fe, pero no para entrar en discusiones.” – Pablo (Romanos 14:1)

Cuando la palabra subdesarrollada toma lugar en la designación de grupos humanos menos dotados de más amplios recursos, en el orden material de la vida terrestre, no será impropio referirnos a la otra especie de carencia, la carencia de valores del espíritu. Eso nos induce a reconocer la existencia de una retaguardia enorme de criaturas empobrecidas de esperanza y coraje, no obstante, casi toda ella constituida de compañeros con destaque merecido en la cultura y en la prosperidad de la Tierra.

Abastécete de suficiente amor para comprenderlos y ayudarlos.

Son amigos llamados a caminar en los frentes de la evolución, con áreas enormes de influencia y posibilidad en el trabajo del bien de todos, pero detentores de escasos recursos en el campo del sentimiento para soportar, con éxito, las crisis de las épocas de cambio.

Ese encontró diferencias de conducta en los descendientes fascinados por las experiencias pasajeras de equipos sociales en transición, y se marginalizó en las molestias de la inconformidad; aquel se traumatizó con las provocaciones colectivas, en que varios grupos de personas se vieron enfrentadas por la desencarnación en conjunto y se refugió en las instituciones de reposo y tratamiento mental; otro observó criaturas queridas desgarrándose del hogar, para realizarse libremente en los ideales propios, y transformándose en enfermo complejo; y otros muchos vieron la muerte de los entes más queridos, arrancados del cuerpo en los engranajes de la propia civilización, y se sumergieron en el dolor que creen sin consuelo.

Si puede ver los conflictos impuestos al mundo por el materialismo que viene desmenuzando el ánimo de tantas criaturas, enternécete con los sufrimientos de cuantos se encuentran en las franjas del subdesarrollo espiritual y trabajemos en las nuevas construcciones de la fe.

Evolución y felicidad

“Porque nada podemos contra la verdad sino por la verdad” -Pablo (corintios 13: 8)

No esperabas talvez que expresiones espectaculares te marcaran en la Tierra los procesos de vivencia humana. Y, muchas veces, nosotros mismos destacamos la disparidad entre las victorias del raciocinio y las conquistas del sentimiento.

Filósofos lamentan las distancias entre la ciencia y el amor. Aun así, encima de nuestros propios puntos de vista, anteriormente expuestos, somos forzados a considerar que los dominios de uno y otro son muy diferentes.

¿Dónde están los electrocardiógrafos capaces de medir el grado de la dedicación de los padres por los hijos?

¿Dónde están los computadores que nos traducen en número y especificación las enfermedades suscitadas por el odio?

¿Cómo encontrar las máquinas que puedan frenar, entre los pueblos, los impulsos de la guerra y de la delincuencia?

¿En qué prodigioso supermercado adquirir extractores, de las pasiones que, en la Tierra, mientras encarnados, tanta vez nos arrasan el alma, inclinándonos a la locura o al suicidio?

¿Y dónde, por fin, sorprender los engranajes que nos mantengan, ahí en el mundo, con serenidad y equilibrio, frustrándonos las lágrimas, cuando apretamos, en vano, entre las nuestras, las manos desfallecientes de las criaturas queridas que se despiden de nosotros, antecediéndonos, en el viaje de la muerte?

No te apasionen por el progreso sin amor.

¿De qué te valdría caminar, por meses y meses, un desierto formado de pepitas de oro, sin la bendición de la fuente, o residir en un palacio sin luz?

Atiende a la evolución para perfeccionar la vida, pero cultiva la fe y la paciencia, la humanidad y la comprensión que te balsamicen el espíritu, porque no existe felicidad sin amor y no existe amor, sin responsabilidad, fuera de las Leyes de Dios.